KAREN SOLAR



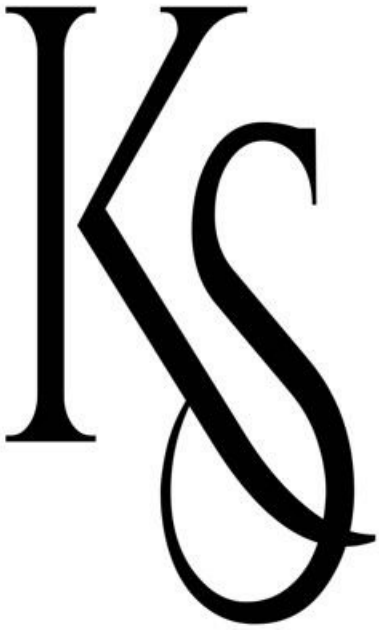
Amores que Matan
Y otros que rescatan

Y TÚ, ¿VOLVERÍAS A EMPEZAR?

Amores que matan y otros que rescatan

Y tú, ¿volverías a empezar?

Karen Solar Morales



Amores que matan y otros que rescatan
© Karen Solar Morales
Registro de propiedad intelectual: 2024-A-5532
© De la imagen de cubiertas:
Diseño de portada: Sayen L. Ross
© Diagramación y Maquetación
Sayen L. Ross
Iª edición: julio 2024

© Karen Solar Morales, 2024
www.karensolarmorales.com

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida en ningún lado, ni registrada o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecanismo, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro y en cualquier idioma, sin el consentimiento previo y firmado por el autor.
ISBN: 978-956-418-282-7

Dedicatoria

Para ti que piensas que en la vida no hay nada porqué sonreír, recuerda que hay flores que crecen entre empedrados y caminos tortuosos.

Karen Solar

1
Lo que calla mi mente

Pasaron veinte años desde que nos conocimos, veinte años de altos y bajos donde nada fue como yo lo esperaba.

Al recodar mi vida, las lágrimas caen de mis mejillas sin dar tregua.

Me sentía asfixiada e incompleta, tenía todo para estar tranquila y vivir sin apuros, gozábamos de una muy buena posición económica, pero, aunque lo tuviera todo, necesitaba aire, necesitaba paz y sabía que esa paz no la iba a conseguir a su lado.

Isaac, mi marido, dominaba mi mente a tal punto de anularme completa. Y sí, tantas veces le dije que ya no podíamos estar juntos, que el amor se había acabado, también el respeto y la pasión. Él me miraba, pero no reaccionaba. Solo escuchaba; como si sus oídos no recibieran la desesperación de mi voz, y entonces, yo seguía sin entender, ¿por qué no salía corriendo de ahí?

Cuando llegaba la noche rogaba que no me tocara, no quería entregarme a él. Muchas veces llegué a pensar que era frígida, porque cuando había sexo no sentía ni un poco de deseo en mi cuerpo. Estaba tan desesperada que consulté con una profesional, que gracias a esa visita entendí que el problema no era yo. El problema era que ya nada nos unía, pero yo decidí seguir, sí, seguir, aunque parezca absurdo. Decidí seguir por mi hijo y la familia, quizás también por mí, por la comodidad y el interés, seguí.

2
El comienzo de todo

Cuando conocí a Isaac, me deslumbró su amabilidad y delicadeza. Era un hombre alto y delgado, sus ojos eran de un bello celeste con tenues pigmentaciones grisáceas. Su tono de piel trigueño encajaba con sus hermosos rizos que le llegaban por debajo de su cuello.

Gozaba de una sonrisa cálida y una mirada profunda que me parecía honesta. Quizá eso fue lo que hizo que me comenzara a interesar por él.

Solía venir por mí cada tarde cuando terminaban sus clases en la universidad. Cuando caminaba a su lado me sentía feliz porque iba de la mano de un joven muy guapo que me hacía sentir que era importante. Era un encanto.

En esos tiempos yo tenía dieciséis años y él veintiuno. A los pocos meses ya salíamos juntos y luego, sin pensarlo en mis entrañas crecía el fruto de lo que creía era nuestro amor.

Tenía tanto miedo a la reacción de mis padres más que nada a la de mi papá, quien, apegado a las buenas costumbres y a sus creencias religiosas, sabía que sería difícil para él entenderlo. Lo había defraudado y esa angustia me paralizó.

Isaac por su parte lo tomó con más calma. Recuerdo que me abrazó ofreciéndome su vida entera, fue de esos abrazos que te reconfortan y que solo alguien que te quiere de verdad es capaz de dar. Me fundí en sus brazos. De pronto me levantó la barbilla, nuestras miradas se cruzaron y con una sonrisa genuina me besó. Con ese cálido momento me dio la tranquilidad que necesitaba.

Lo sentí tan sincero que me dio seguridad, pues era una niña que estaba llena de miedos y arrepentimientos. Después de una semana de buscar el momento ideal para contarlo, mi familia se enteró.

Cierro los ojos y aún puedo ver la desilusión en la mirada de papá. No nos dijo nada ni a Isaac ni a mí, solo nos exigió que nos casáramos, sin embargo, ese acto no ocurrió hasta muchos años después.

3
Los primeros años

Luego de un tiempo juntos, Isaac me pidió que me casara con él, acepté ilusionada y enseguida di la noticia a todos mis conocidos.

Los abrazos y buenos deseos no tardaron en llegar, todos estaban felices y sobre todo mis padres que se veían tranquilos y dichosos.

Decidimos la fecha de matrimonio cuando Fabián, nuestro hijo, había cumplido seis años.

Recuerdo que me imaginaba entrando a la iglesia del brazo de mi padre con mi cabello largo y ondulado, peinado hacia un costado, con un maquillaje sobrio que resaltará con mi piel y mis ojos marrones. Que Isaac estaría esperando por mí sonriente y feliz, mirándome enamorado desde el altar. Imaginaba que nuestros invitados nos recibirían y saludarían con cariño y emoción. Que tendríamos una bella recepción y una maravillosa luna de miel.

Sin embargo, nada de eso hubo y no por falta de recurso, sino por falta de interés de Isaac. Él simplemente dijo que no quería grandes fiestas y que no había tiempo tampoco para viajes. No dije nada, solo acepté.

Mis queridas amigas me habían organizado una despedida de soltera, recuerdo que estaba feliz con la idea, pero a la vez tuve miedo de la reacción de Isaac. Él jamás me golpeó, pero causaba un efecto tan amenazador en mí que le temía a todo, incluso, a lo que él pensaba, le temía. Aun así, me atreví y hablé con él.

—Amor, el viernes tendré la fiesta de despedida de soltera —le dije entusiasmada.

—¿Qué? ¡Cómo se te ocurre! —exclamó—. ¿De qué despedida hablas? Eso es para mujeres jóvenes, tú ya no eres una veinteañera, además ya tienes un hijo. No. Diles que no puedes, di que ya tienes otro compromiso. Invéntales algo —respondió Isaac saliendo de la habitación.

No me atreví a decirle nada, tampoco a mis amigas. Apagué mi teléfono y me acosté llorando por pena y por rabia. Una vez más no hice nada. Mis amigas se quedaron con todos los preparativos, aunque debo decir que nada les sobró. Al final la pasaron de maravilla, eso sí, que sin mí.

Los días pasaron y me quedé en silencio, siendo este mi mejor arma para castigarlo, aun así, a Isaac no le importaba. Nunca supe hasta el día de hoy que significaba yo para él.

***

Había llegado el día de la ceremonia y ahí estaba yo, dando el sí frente a mi familia y la de él.

No hubo fiesta como lo había soñado de niña, tampoco luna de miel, solo un simple almuerzo familiar con nuestros padres. Nadie supo de mi agonía ni de mi cobardía, preferí como siempre callar.

Al final me acostumbré a vivir bajo la sombra de un hombre amargado, un esposo frío, controlador y dictador; me acostumbré a vivir bajo la sombra de un hombre que nunca me amó como debía haberme amado, un esposo que pensaba que la mujer debía permanecer en casa, entre los platos, la cocina y nada más.

Y yo seguí aceptando todo. Después de sus malos tratos y desprecios, él buscaba recompensarme con obsequios y viajes. Era tan manipulador e inteligente que nadie nunca nos vio o escuchó discutir. Para todos nuestros cercanos, Isaac era un sol, pero en mi realidad, en la realidad que yo había elegido, no lo era. Y yo lo aceptaba. Increíblemente lo aceptaba.

***

Era el verano del año 2000 y mientras estaba sentada sobre la arena, Fabián disfrutaba viendo las olas romper en sus pies.

Mis ojos estaban posados en mi hijo viendo lo feliz que era, y él buscando mi rostro me mostraba los castillos de arena que había logrado hacer, y con una sonrisa perfecta y sus ojos hermosos llenos de imaginación, gozaba solo como un niño lo sabe hacer.

Le devolví la sonrisa como por inercia, entonces mi mente viajaba en mis sueños, en esos sueños de niña que nunca olvidé, seguía soñando con ser periodista.

De niña jugaba junto a mis hermanos inventando entrevistas y reportajes, por supuesto siempre era yo la periodista estrella. Entrevistábamos a la familia, a los vecinos y hasta nuestras mascotas. Una sonrisa se dibujó en mi rostro al recordar a mis hermanos Bruno y Marcela, enojados, reclamándome que siempre era yo quien dirigía el noticiero.

En ese momento escuché a un grupo de mujeres reír felices y emocionadas, comentando que fueron aceptadas en la universidad y como si me hubieran tirado un balde de hielo sobre mi cabeza, reaccioné. <<Por Dios, ¿qué pasó con mis sueños? ¿Por qué no luché por ellos?>> Me pregunté.

Entonces lloré, lloré de pena por mí y de ver la mujer que había aceptado ser. Saqué a Fabián del mar y regresamos a casa.

—¡Isaac! ¿Podemos hablar? —pregunté.

Pero él, sin responder, se dedicó a jugar con Fabián. Insistí, entonces, me miró a los ojos y le dije:

—¡Voy a terminar mis estudios!

—¿Y para qué? —riendo preguntó.

—Porque es lo que quiero. Fabián ya no es un bebé y es tiempo de que yo termine mis estudios —mencioné.

—Ya no tienes edad para eso. Además, no es necesario. ¿Para qué quieres perder tiempo? Aquí lo tienes todo —sentenció.

No me dejó ni siquiera responder y con un rotundo no, se burló de mí.

No, no, no, no. Estaba harta de escuchar siempre esas dos letras, pero como siempre una vez más volví a aceptar.

Acepté ser una esposa abnegada y una madre cien por ciento presente y mi vida continúo.

***

Los años pasaron rápido y cuando mi hijo estaba a punto de terminar sus estudios básicos, pensé en tener otro hijo, creo que porque me sentía sola y vacía. Quería tener mi mente ocupada y lo busqué, entonces llegó Mauricio a nuestras vidas, un bebé hermoso de mejillas coloradas y con unos ojos maravillosos que brillaban profundo como la luna suele hacer.

Ese pequeño, ese pedacito de cielo que llegó a mi vida para dibujarme todas esas sonrisas que Isaac había logrado borrar.

Me dediqué a ser madre y mis sueños una vez más se volvieron a enterrar, pero esta vez fui yo quien los dejó, entonces les puse un gran candado y las llaves. Las llaves las lancé lejos donde nadie nunca pudiera encontrarlas ni siquiera yo.

***

El matrimonio que había formado era una rutina torturadora que cada día me iba marchitando más y más. Me sentía tan oscura y apagada que me refugié en la comida y como debe ser, después de comer a desmedida comencé a engordar, aunque la sensación de comer me daba un placer que no podía entender, eran solo momentos y seguía sintiéndome igual.

Con la personalidad demandante de mi hijo menor sentía que desvanecía, entonces para que no gritara ni llorara le daba todo lo que él pedía por qué la emisión del sonido de su voz parecía que me iban a volver loca. Fabián, mi hijo mayor, ya todo un adolescente, tenía el mismo carácter de su padre, pero en una versión mucho más aterradora, él era diferente, algo tenía su mirada. Increíblemente, siempre sentí que me rechazaba.

Reconozco que no fui una madre de besos y mil caricias, no le leía cuentos de niños por las noches, ni tampoco veía dibujos animados a su lado. Estaba tan cansada de todo y todos que nada quería. Pensaba en quitarme la vida, sí, suicidarme, pero siempre me frenaba la cobardía.

Creo que uno de los momentos que tuve más fuerza y valentía fue aquel día que decidí hablar con el hermano de Isaac y pedirle que se fuera de la casa. Aparte de todo, tenía que soportarlo a él y sus impertinencias, tomando decisiones por mí, opinando de mi vida y la de mis hijos y peor

aún soportar ver la dependencia que Isaac tenía con su hermano. Entonces me decidí y le pedí que se fuera de casa y como era de esperar me trató de lo peor, ofendiéndome y gritándome.

Al final se fue, pero ese acto causó que mi hijo mayor me despreciara tanto, al punto de no respetarme y yo como siempre no hice nada. Callaba en una especie de tratar de evitar una hecatombe, una bomba nuclear o un estallido social, prefería callar.

Lo peor vino después cuando me di cuenta de que Fabián estaba tan afectado y enfadado conmigo que comenzó a consumir yerba, luego a usar otro tipo de drogas y yo increíblemente lo aceptaba todo, ocultaba todo porque para mí era más fácil así, jugar a tener una vida tranquila y evitaba enfrentar a mi propio hijo y a su padre, les temía tanto que lo callaba todo.

Tiempo después ya era tarde, él era otro; aun así hablé con Fabián y con su padre, al final de nada sirvió, yo era la culpable de todo, él fue al sicólogo y siquiatra, pero nada de eso ayudó, Fabián seguía tan agresivo como ausente y los ansiolíticos recetados sirvieron solo para dejarlo en trance por días enteros. Veía como todo se había escapado de mis manos, y así fue, Fabián era un joven depresivo que no controlaba sus impulsos, se agredía y nos agredía a todos, pero nada hicimos por ayudarlo de verdad. Equivocados pensábamos que pagando sus visitas al siquiatra y dándole económicamente todo, él superaría su rabia, no fue de este modo.

Si mi casa antes era una casa fría y sin vida, cuando mi cuñado se fue, se convirtió en un caos. En un verdadero infierno.

Isaac se volvió aún más distante y controlador, me culpaba de todo lo que pasaba, se volvió desconfiado de todos y de todo. Controlaba cada paso que daba, mientras tanto yo, seguía comiendo en atracones tremendos, sufriendo las consecuencias porque cada día ganaba más gramos sin importarme nada, comía todo y más.

Le mentía a mi familia, aparentando una vida perfecta y feliz, ellos intuían mi realidad; sin embargo, preferían callar, tal como yo.

Mis días eran todos iguales, me sentía tan atrapada, tan sola, tan cobarde que una tarde tomé el auto, necesitaba alejarme de aquel lugar, salí de casa y probé marihuana, me gustó la sensación de relajo que causo en mí me sentía perfecta y tranquila, entonces comencé a usarla con frecuencia hasta que se convirtió en mi mejor amiga. Lo hacía en secreto hasta que Isaac se dio cuenta y restringió todas mis tarjetas a cero, me quitó el efectivo que manejaba y después de tener tanto llegué a no tener nada.

Comencé a robarle la yerba a mi hijo, también a robarle el efectivo de la billetera a mi marido y los problemas se hicieron cada vez más insoportables. No nos hablábamos, no comíamos juntos, mis hijos encerrados en sus piezas y yo como siempre aislada en el fondo del patio trasero en compañía de mis plantas y mis perros. Pero cuando llegaban visitas todos hacíamos que nada pasaba.

Yo me seguía consumiendo, estaba estancada con una familia irritable y hastiada de mí, incluso Mauricio había comenzado a parecerse mucho a su padre y hermano mayor, demandante y manipulador. Mientras a diario me preguntaba si yo había creado todo eso, quizás sabía la respuesta, en cambio, callaba. Me sentía rendida y pensaba que todos ellos habían ganado todas las batallas año a año, incluso pensaba que eran los victoriosos de una guerra completa en mi

contra.

***

Mis hermanos se atrevieron a hablar conmigo, trataron de convencerme para que reaccionara, para que tomara una decisión e hiciera algo por mi vida. Estaban tan preocupados por mí, que ya no sabían qué decirme para que cambiara de actitud. Me alentaban, y sabiendo que tenían razón, no lograba ganarle a mis miedos.

¡Miedo! Qué palabra tan poco ideal.

Prometieron ayudarme para que saliera de ahí, pero yo les mentía diciéndoles que todo estaba bien. Sin embargo, veía como mi vida se estaba cayendo a pedazos y yo con ella.

Una tarde, mientras me lamentaba recostada en mi cama, llegó Paula, me levanté y con mi mejor sonrisa la invité a pasar.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué tienes esa cara? —le dije.

—¡Dime la verdad! ¿Fumas yerba? —me preguntó mi mejor amiga.

—¿Qué dices? —estupefacta pregunté.

—¡Fernanda! Ayer me llamó tu hermano, él me lo dijo —mencionó.

No podía ocultárselo. Ella me conocía al revés y al derecho, entonces moví la cabeza de lado a lado, me llevé las manos al rostro y lloré, lloré por todo, de angustia, de desilusión, de pena y de rabia. Lloré.

Nos abrazamos. Ella amable y sincera, me dijo todo lo que se le dice a una persona adicta. Que se puede salir adelante, que esa no es la salida, que cuente con ella; yo solo escuchaba, pero de mi boca no salían palabras. Cerré los labios tan fuerte como pude, porque si hubiese abierto la boca, quizás nuestra amistad se hubiera terminado ese día, al contrario, callé.

<<¡Qué se creen todos para opinar sobre mi vida y dar consejos! Como si sus vidas fueran perfectas>> pensé.

Lo cierto, es que estaban lejos de serlo. Paula vivía una mentira sosteniendo una relación por años. Recuerdo que decía, “cuando mis hijas cumplan veinte años, dejaré a su padre”, el tiempo que ella se había fijado había llegado y aún estaba presa de esa relación llena de desamor y súplicas.

Y mis hermanos, sus vidas también eran un desastre. <<¿Por qué juzgan? ¡Qué piensan!>> me dije. Es cierto que cada hogar es diferente, todos vivimos nuestras propias pesadillas y yo vivía la mía propia y lo sabía, pero no me atrevía, no tenía el coraje para cambiar mi vida. Consideraba en dejar todo, incluso a mis hijos, pero la cobardía, la inseguridad y porque no decirlo, el amor de madre me hacía flaquear.

***

Una parte de mí sabía que podía seguir soportando y lo hice por años, hasta que un día ya no pude más.

Estaba inmersa en mis pensamientos cuando escuché una voz en mi mente, sí, la escuché fuerte y clara. ¡Mátate, mátate, mátate!, entonces obediente me levanté decidida a terminar con mi vida. Tomé un cuchillo y no pude, me arrepentí porque en ese momento vi los ojos de mi hijo viendo a su madre ensangrentada. Imaginé el dolor de mis padres y hermanos, entonces desistí del cuchillo, pensé en colgarme, pero también sentí miedo. Me imaginé una lengua de varios metros colgando desde mi boca y otra vez vi a mi hijo mirándome y a mi familia sufrir. Desistí.

Se me ocurrió una forma más tranquila de morir y me conseguí en el mercado negro, medicamentos para dormir, compré dos cajas. Cuando llegué a casa me las tragué todas, no tuve miedo porque sabía que mi hijo me encontraría dormida y no ensangrentada ni colgada con la lengua larguísima llegando al piso.

No supe más de mí.

4
Despertar

Dos días después, cuando desperté en una cama que no era la mía con las manos y el tórax contenido, grité por estar. Grité por haber vuelto, por no haberlo logrado, de rabia por estar viva. No lo podía creer. Lloré de amargura y de dolor, sabía que ahora se venía lo peor. Dar explicaciones.

Llegaron los médicos en compañía de Isaac, sugirieron internarme un par de semanas, sin embargo, los convencí de que no lo volvería a hacer. Y después de estar expuesta a un sinfín de exámenes, por fin los médicos autorizaron el alta médica, desde luego apoyada de una serie de recomendaciones para el manejo en casa; reposo relativo, contención y atención. Pero de lo último nada hubo, eso hay que decirlo.

De camino a casa nadie dijo nada ni mis hijos ni Isaac, cuando llegamos me fui directo a mi habitación, me sentía peor que esos veinte años atada a él, lloré y lloré. <<¿Qué increíble? ¿Cómo es posible que puedan salir tantas lágrimas de los ojos de una misma persona?>>. Seguí llorando hasta que me dormí por horas y al despertar la vi, ahí estaba Paula cuidando mis sueños. Me levanté y nos abrazamos. Lloramos. Le pedí perdón por ser cobarde y ella sin decir palabra solo me refugió en sus brazos, con un abrazo verdadero y lleno de paz que me tranquilizó al segundo.

De ese episodio trágico y triste en mi vida, mis padres no se enteraron. Isaac le prohibió a Paula que hablara con ellos, aunque ella se rehusó y lo encaró. Nada pudo hacer en ese momento.

A las semanas siguientes no pudo seguir callando y le contó a uno de mis hermanos y fue ahí que todo empeoró. Bruno fue a buscarme y yo estaba tan nerviosa de lo que podía pasar, me imaginaba a mi hermano a golpes con Isaac; entonces me decidí y salí de casa en la madrugada para reunirme con mi hermano menor, gracias al universo logré calmarlo y al final lo convencí de que estaba bien y de que no se preocupara.

Las semanas siguientes fueron un tormento para mí, entre mis hermanos y amigas me bombardeaban la cabeza. Cada uno tenía hipótesis diferentes y cuál de todas era más aterradora. Ellos pensaban que de esa manera me ayudaban o me alentaban para que tomara la decisión de salir de esa casa, en cambio, lo único que hacían era atormentarme y desesperarme.

En esos minutos solo necesitaba un abrazo de cada uno de ellos y quizás que se hubieran mantenido en un silencio eterno, solo necesitaba un abrazo.

***

Sabía que había tocado fondo y que necesitaba ayuda, visité un par de veces a la siquiatra y le

conté toda mi vida junto a Isaac, ella lo anotaba todo en su computadora y al final de la sesión me entregaba la receta para ayudar a mi depresión.

Recuerdo que después de la segunda sesión con la siquiatra Isaac me esperaba afuera de la consulta, cuando lo vi suspiré de pesar y caminé al estacionamiento. Abrí la puerta del auto y antes de que subiera, él me preguntó

—¿Vas a cambiar?

Como si solamente lo tuviera que hacer yo, como si él no fuera el culpable de nada. Pensé.

—¿Por qué debería cambiar? —le pregunté.

Aproveché el momento y le dije todo lo que callé por años. Le dije que era totalmente infeliz a su lado, le reclamé sus promesas y su falta de amor; entonces él me miró con burla en sus ojos guardó silencio y yo hice lo mismo. Acostumbrada a sus malos tratos en silencio lloré, pero esta vez porque me di cuenta de que ese hombre me había robado la mitad de mi vida y yo se lo había permitido. Siempre lo permití.

<<¿Cómo no se daba cuenta de que necesitaba amor y contención?>>, pensaba mientras él hablaba y gritaba culpándome de todo. Mientras yo lo miraba sin mirarlo. Nos marchamos a casa.

En ese entonces, necesitaba tanto amor y me dolía no tenerlo. En ese entonces, ni siquiera imaginaba que debía empezar por mí. ¿Cómo alguien me iba a amar si yo no sabía amarme? Luego lo entendí y fue perfecto.

***

A los días siguientes viajamos fuera del país. Le gustaba tanto aparentar y demostrar que nuestra vida era una maravilla, que armó el viaje sin consultarme y yo incapaz de decir que no, terminé viajando con ellos. Estuvimos una semana en San Andrés, los niños disfrutaron de esas hermosas playas, de los delfines y del buceo.

Tendida en una hamaca los miraba y en ese instante me preguntaba hasta cuando iba a seguir soportando sin importar que me destruyera a diario. Tenía tanto dolor y rencor en mi corazón que sabía que, aunque él hiciera lo que hiciera nada cambiaría.

***

Caminé por la orilla de la playa mirando aquel mar inmenso y sublime. Pensé por algunos segundos entrar en esas aguas cálidas y nadar sin parar lo más lejos posible hasta que mis brazos no fueran capaces de volver a la orilla. Sin embargo, fue solo un pensamiento.

Cuando vi que el atardecer estaba encima de mí, me senté en la arena y por unos instantes me quedé abrazando mis piernas.

Fue cuando la vi, era alta y delgada de cabellera ondulada de un color cano precioso, vestía una especie de túnica color turquesa de un material liviano que bailaba al compás del viento.

Se acercó a mí, sonrió y se sentó a mi lado.

—¡Hola, soy Telma! ¿Contemplando esta maravilla que tenemos a la vista? —la escuché decir. La miré y le sonreí

—Soy Fernanda —le respondí.

—¿Vacaciones, luna de miel o trabajo? ¿Qué te trae por aquí? —preguntó.

—Ni lo uno ni lo otro. Estoy aquí por casualidad, hace un par de semanas estaba desorientada en la cama de un hospital y casi me internan en un siquiátrico por tratar de quitarme la vida —le respondí casi sin respirar.

Fue cuando todo comenzó, Telma con una serenidad y naturalidad mágica, me habló de la vida, de los patrones, sobre las creencias limitantes y sobre mi yo del pasado.

Estaba atónita, alucinada escuchando con atención todo lo que ella me decía.

Ese día no logré procesar tanta información. Fue demasiado para mí, aun así, toda aquella charla causó tanto sentido en mi corazón que le pedí que nos viéramos al día siguiente. Y Feliz ella aceptó.

Nos encontramos como lo habíamos planeado, tomamos un tour juntas y fue maravilloso. Claro que entendí que, sí debía estar ahí, que todo lo que pasó semanas antes fue lo que tenía que ser.

Ese viaje me sirvió para darme cuenta de quién era yo. De que era yo quien tenía las riendas de mi vida, que debía parar de lamentarme y sobre todo tenía que dejar de sufrir por lo que pudo ser y no fue. La decisión estaba en mí.

En ese viaje entendí que nos acostumbramos a autoflagelarnos y destruirnos en cada minuto, en cada instante de nuestra vida, entonces, aceptamos seguir sufriendo porque estamos tan acostumbrados a vivir en la mal llamada zona de confort que sabemos que sufrimos, que no somos felices; pero ahí estamos, continuamos, porque somos autodestructivos solo somos el sinónimo perfecto de que no somos valientes, y lo peor, no confiamos en nosotros mismos, en nuestras propias capacidades; creemos que si nos desviamos de la zona de confort nuestras vidas serán tormentosas y somos incapaces de aceptar que el peor de nuestros tormentos es no ser valientes.

***

Gracias a Telma entendí que yo era suficiente y que era merecedora de todo lo bello que existe en el universo. Cuando entendí algo tan importante como verdadero, mi vida comenzó a tener

diferentes matices y colores. Telma fue mi salvadora, me hizo comprender que todo lo que pasaba en mi vida era un reflejo de mí misma.

Recuerdo la tarde que la conocí, agradecí al destino de haberme puesto en ese lugar. Ella con una paz cautivadora me enseñó a perdonarme y avanzar. Me enseñó a perdonar también a Isaac.

Esa semana fue grandiosa… Supe que tenía tantas carencias en mi vida que logré viajar a mi pasado y buscar a esa niña que fui. Y cuando lo hice, me abracé y me di valor para afrontar los obstáculos de la vida y desde ese momento mi vida cambió porque fue ahí que aprendí a amarme y como si me hubieran quitado una venda de los ojos, reaccioné.

Dejé el rol de víctima, sí, porque cuando estamos en esa vereda, la de "Víctima" vemos como si fuera todo un ataque en nuestra contra, una traición y sin darnos cuenta nos causamos más dolor, más rabia y más desilusión, por lo tanto, sufrimos mucho más.

<<Si me escucharan mis hermanos me matarían, sí, claro que sí. Me matarían. Y no es que me lavaron el cerebro y que ahora defiendo a mi agresor emocional, no. No, es eso. Se puede perdonar y no significa que sigamos con la misma vida, pero como sea, es una decisión personal. Depende de cada uno>>. Eso pensaba decirles a mis hermanos cuando nos volviéramos a ver.

***

Cuando la noche había llegado salí del resort en busca de Isaac, fui directo al bar, ahí lo encontré. Sin darme cuenta, él también estaba destruido refugiándose en el alcohol tratando de olvidar. Cuando mis ojos se encontraron con los suyos, sentí pena, pero esa vez no de mí, sino de él. Vi a un hombre destruido y lo miré como un niño. Me acerqué, él me miró con los ojos rebalsados de lágrimas, lo abracé. Lo abracé tan fuerte y él a mí, lo tomé de las manos y sin decir una sola palabra caminamos descalzos por la orilla de la playa, nos sentamos. Él me miró, pero no se atrevió a decir nada, entonces le pregunté.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Crees que podemos solucionarlo?

En silencio él seguía mirando el horizonte. Esperando que reaccionara me dejé caer en la arena y en mi mente comencé a contar; uno, dos, tres, cuatro…, iba en el número ochenta y ocho cuando me interrumpió y le escuché decir:

—Lo siento, lo siento tanto. —Tantos años esperando oír esas palabras; sin embargo, cuando las oí no supe como actuar—. Sé que no soy perfecto. Hemos cometido errores y no sé si seremos capaces de solucionarlo —lo dijo con un hilo de voz.

—Necesitamos una distancia —me atreví a decir.

—No me dejes por favor, ¡vamos a terapia de parejas! —agregó.

Por unos segundos lo miré con la mente en blanco. Fue como si mi cerebro no lograra urdir palabras. Creo que quedé en shock. Nunca imaginé que de la boca de Isaac pudiera escuchar las mágicas palabra "Lo siento"

—Necesitamos terapia, lo sé, pero lo que yo quiero y necesito es espacio para aclararme, para encontrarme y saber qué es lo que quiero —le dije sin mirarlo.

Después de ese pequeño diálogo me quedé sola, sentada en la arena, Isaac se paró y caminó sin voltearse. Permanecí en ese lugar por horas buscando en mí las fuerzas que necesitaba para dejarlo, aun así, una parte de mí sentía que podía seguir junto a él, en cambio, la otra, esa parte que no sabía que estaba en mí, me decía que corriera lo más lejos que pudiera.

5
Decisión

Al cabo de una semana ya estábamos en casa. Recuerdo que inhalé todo el aire que cabía en mis pulmones, abrí la puerta y entré. Isaac y los niños bajaron las maletas y yo caminé al fondo del patio trasero. Desde ahí los escuchaba comentar lo increíble que fue para Mauricio bucear junto a las tortugas, se reían y seguían alucinando. En cambio, yo, me quedé paralizada en mi propio cuerpo y mi mente congelada sin atreverse a seguir, se quedó, entonces me di cuenta de que no podía más.

Recordé a Telma y todo lo que en tan poco tiempo me enseñó y ahí estaba yo entre mi mente consciente y la subconsciente. Perdoné para poder avanzar. Me busqué siendo una niña, hice todo lo que ella me aconsejó, me abracé, me di fuerzas y creí que todo podía ir mejor; sin embargo, cuando entré otra vez a esa casa, entendí que ya no había nada más que hacer, por un instante pensé que sí, que si lo lograría. Estar de vuelta me mostró mi verdadero yo. Y ese yo ya no quería estar ahí.

Aprovechando lo entretenidos que estaban mis hijos junto a su padre, sin hacer ruido, busqué lo necesario y lo que pude lo puse en una mochila, bajé las escaleras en silencio. Me paré en frente de la sala de estar y apareció Isaac. Me miró enfurecido. Sabía lo que estaba por suceder

—Si cruzas esa puerta te olvidas de todo —lo dijo con los ojos enrojecidos de rabia.

Sin decir una sola palabra, me fui. Me alejé tan rápido como pude. No quería ver el rostro de mis hijos porque si lo hacía hubiese vuelto y todo seguiría tal cual. Entonces, decidida, me aparté. Ni siquiera me llevé el auto porque cuando vi a Isaac mirándome me paralicé aún más.

***

Gracias a Paula tuve dónde quedarme, ella me ayudó a ordenar mis ideas, y sentí que lo mejor que hice en mi vida fue haber salido de esa casa. Entonces pude encontrarme y entender quién era, qué quería para mi vida y lo más importante entendí que mis hijos necesitaban una madre sana y yo necesitaba muchas vidas para sanar. Decidí no regresar, costara lo que costara, me ganaría el odio y desprecio de muchos, como sea, esta vez había decidido por mí.

Isaac les mintió a los niños diciéndoles que por decisión propia me había ingresado en una clínica de reposo con ese nombre, trató de endulzar la palabra siquiatría. Después de todo buscó la forma ideal para dejarme bien según sus creencias; con mis hijos y mi familia. Solo mis hermanos y Paula sabían la verdad. Los había abandonado. Y es cierto, abandoné a mis hijos. La agonía era mía y si seguía en esa casa pronto se quedarían sin madre y para estar al cien por ciento debía irme de ese lugar que por más de veinte años fue mi hogar.

Aunque era fuerte pensar en todo lo que estaba viviendo y quizás en todo lo que vendría a mi vida, estaba tranquila. Me sentía en paz, podía respirar, me sentía libre. Y eso no lo iba a cambiar por nada, ni por nadie, ni siquiera por mis hijos. Las madres siempre piensan en sus hijos antes que todo, en cambio, yo decidí ser diferente y pensar en mí. Por años pensé primero en mis hijos, en mis padres y en la familia entera. Decidí estar muerta en años de agonía hasta que me atreví a cruzar la barrera de la cobardía.

Y por fin logré sonreír.

Cierro mis ojos y como por arte de magia siento el viento libre con todo su esplendor rozando mi rostro y por primera vez en muchos años me siento viva de verdad.

***

Me matriculé en el instituto para terminar los estudios medios. ¡Fue maravilloso! Conocí personas increíbles de diferentes edades, unos eran mayores que yo, otros más jóvenes que debieron dejar sus estudios antes de tiempo para salir a trabajar.

Todos teníamos un solo objetivo en común, luchar por un sueño olvidado. Ese año fue sensacional. Y sin darme cuenta había vuelto a sonreír.

Es increíble como el tiempo pasa tan deprisa cuando estamos felices, en cambio, en el otro estado, en el antónimo, es una eternidad.

Y así fue como el año culminó y con él mis estudios.

Orgullosa estaba recibiendo mi certificado de enseñanza media, entre los invitados vi a Mauricio, mi hijo menor aplaudiendo, feliz y sonriente, conectando con mi mirada. Le agradezco a Isaac que no separó a mis hijos de mi lado. Fabián decidió la distancia y lo respeto. Mauricio me visitaba casi todos los días, algunos fines de semana, dormía conmigo y disfrutábamos de nuestro amor; el más pulcro y cándido.

Él siguió viviendo con su padre y lo acepté porque era lo que él quería. Yo sigo aprendiendo a amarme y a encontrarme. Siento que aún hay camino por recorrer, sigo en el proceso sanando, pero ahora mirado desde el amor y se siente diferente.

Por años estuve muerta en vida y por decisión propia intenté quitarme la vida, me vi devastada y sentía que me caía a pedazos, era tanto el dolor que no lograba ponerme en pie, sin embargo, si no hubiera intentado terminar conmigo, ¿qué sería de mi vida? Ese momento se convirtió en un antes y después. Y entendí que siempre en la vida van a existir dos caminos, sentir y querer vivir como la víctima de la historia o ser la protagonista que aprende, que crece y que sale adelante. Yo elegí el último camino, el de ser valiente y salir del pozo.

Entendí que debía dejar de pensar y sentir que era una mujer insegura, que era yo la única que podía construir un nuevo destino. Era la única que podía dirigir mi vida, entonces, atrás quedaron los días de llanto, de desolación, de oscuridad, atrás quedó la Fernanda atrapada entre sus propias inseguridades. Comprendí que soy suficiente. Aprendí a perdonarme por haber permitido tanto,

por haber llorado tanto y, por último, entendí que todo lo que nos pasa en la vida es un aprendizaje para hacernos mejores personas.

Entusiasmada comencé a estudiar para dar las pruebas que me permitieran un cupo para poder estudiar en la universidad, cuando se lo conté a Mauricio, se puso feliz.

—¡Te irá increíble! —dijo mi hijo.

—Gracias, cariño —respondí.

Después de varios meses estaba ahí sentada, rodeada de jóvenes casi de la edad de Fabián, respondiendo las pruebas que definirían si podría seguir estudiando en la universidad. Fueron días intensos, sin embargo, los viví de la mejor forma disfrutando.

Y el día llegó, estaba nerviosa, impaciente, pero detrás de mí estaba mi familia apoyándome pasara lo que pasara. Puse mis datos en el computador y no quise mirar, me tapé los ojos con mis manos.

6
Como el ave fénix

Llegó el primer día de clases en la universidad. Que feliz me sentía en aquel lugar y con los ojos desbordados de lágrimas escuchaba la primera clase de fundamentos y comunicación humana.

Cuando el profesor nos invitó a presentarnos, nadie lo hizo espontáneamente, comenzó uno a uno a descubrir quiénes éramos. Cuando tocó mi turno, dije:

—Soy Fernanda, tengo 38 años, soy madre de dos hijos, estoy feliz de estar aquí.

Y pensé <<Hoy recién comienza mi vida>>. Sonreí.

La clase terminó y fue cuando unas alumnas se me acercaron con la intención de formar grupos de trabajo. Nos saludamos y juntas recorrimos las dependencias de la universidad.

La carrera de periodismo se impartía en el Campus Isla Teja de la universidad Austral en la ciudad de Valdivia. Un lugar de ensueño con un ambiente natural privilegiado y bellísimo donde convergen modernos edificios, construcciones tradicionales, frondosos árboles y amplias áreas verdes que invitan a disfrutar de la naturaleza. Lo que más me impresionó fue la hermosa vista al río y a la ciudad, un Campus grandísimo de más de cien mil metros cuadrados construidos. El Jardín Botánico, digno de halagos, es uno de los principales atractivos de ese campus que posee una bella alameda de acceso.

La historia de la universidad cuenta que fue creado en 1955. Estar ahí para mí era un sueño, poder caminar por ese espacio natural con esos jardines preciosos de mirtáceas, de proteáceas, bosques magallánicos, plantas medicinales, coníferas chilenas y bosques valdivianos. Ese primer día fue una alucinación para mí, jamás lo olvidaré.

Mi asombro era gigante, es que en ese campus hay dos gimnasios, un banco, casinos, una oficina postal, una agencia de viajes; estacionamientos para autos y bicicletas, reciclaje y un cine club. Una serie de dependencias que son de mucha ayuda para los que no vivíamos en Valdivia.

Nací y me crie en Niebla, un pueblo costero de la región de Los Ríos, perteneciente a la comuna de Valdivia, en la zona sur de Chile. Todos los días me desplazaba en bus, ya que cuando me fui de la casa de Isaac no me llevé más que un poco de ropa. Atrás quedaron las comodidades que estaba acostumbrada a tener. Aprendí lo que era el esfuerzo, trabajaba los fines de semana para poder costear mis gastos básicos.

Paula no me pedía ni recibía nada, jamás olvidaré todo el apoyo que me entregó. Mis hermanos también hacían lo suyo cuando sus ingresos lo permitían. Y aprendí que se puede vivir sin lujos y sobre todo que se puede sonreír a pesar de las dificultades.

El primer año de clases fue todo un cambio que llegó a mi vida lleno de aprendizajes no tan solo académicos, sino también de vida, de esencia, porque por fin logré entender lo que valía como mujer, fue entonces que comencé a amarme y a disfrutar de mi verdadero yo, a disfrutar cada oportunidad que la vida me entregaba.

Cuando estaba segura de mí, busqué a mis padres. Necesitaba que entendieran que pasara lo que pasara siempre sería su hija.

El día que abandoné a Isaac y a mis hijos, ellos, mis padres me sepultaron en lo más hondo de sus corazones, imaginando que una parte de ellos estaba muerta, eso fue lo que me dijo mi padre el día que me llamó enfurecido por lo que había hecho.

—¿Cómo fuiste capaz? ¡No lo puedo creer! Siempre te dije que el matrimonio no es perfecto, de pequeña te inculqué que pase lo que pase en un hogar, queda en el hogar. ¡Por Dios Fernanda! El matrimonio es un vínculo sagrado —gritó enfurecido.

Eso fue lo último que le escuché decir, debió pasar un año entero para que me decidiera ir a casa, fue muy duro dejar de escuchar su voz, un año entero sin sentir su abrazo.

Cuando llegué a casa, —porque sí, aún la sentía mi casa—. Ahí había nacido y crecido. Siempre sería mi casa.

Estuve parada casi una hora afuera cubriéndome de la lluvia debajo del castaño que fue creciendo al mismo tiempo que lo hacía yo. Mientras pensaba una y otra vez qué les diría cuando cruzara la puerta, recordé el día que plantamos el árbol junto a mis padres y hermanos. Fue una tarde hermosa, cada uno puso un poco de su parte, aunque fue mi padre el que más se esforzó. Al final del día ahí estaba el pequeño árbol familiar. Hoy de eso van más de tres décadas.

Sentí un escalofrío gigante atravesar todo mi cuerpo cuando escuché la voz de mi padre detrás de mí.

—¿Qué haces aquí? —dijo bruscamente.

Me giré en mi propio eje y lo vi. Sonreí y nuestras miradas se encontraron, las ganas de tenerlo cerca me hicieron lanzarme a sus brazos y sin soltarlo le dije todo lo que lo amaba y extrañaba. Él, un hombre de pocas palabras, no se despegó de mí, lo sentí sollozar, fue entonces que me tomó la mano y me invitó a pasar.

Mi madre incrédula me saludó no sin antes obtener la aprobación de mi padre a través de su mirada.

Esa noche volví a casa, mis hermanos me llevaron donde Paula a recoger todas mis cosas. Le agradecí la vida entera por sostenerme, por cuidarme y por ayudarme a avanzar. Gracias a ella hoy soy la mujer que soy, porque no se quedó tranquila hasta que estuve matriculada en la carrera de periodismo, era mi sueño y ella me ayudó a alcanzarlo.

En casa paso a paso debimos adaptarnos a volver a vivir juntos. Por fin mis padres entendieron por qué abandoné a mi familia, por fin logré escuchar que me apoyaban a pesar de todo lo que

había hecho y por fin escuché decir de la boca de mi padre todo lo arrepentido que estaba de no haberse atrevido a protegerme y apoyarme en mis días más desastrosos. Nunca los culpé ni les guardé rencor. Al contrario, siempre supe que ellos hacían lo correcto según sus creencias.

***

Ya estaba cursando el cuarto año de la carrera y debía preparar todo para la práctica profesional.

Mauricio me acompañó a conocer la editorial donde debía demostrar todo mi talento, el lugar era increíble y los que ahí trabajaban mucho más, la acogida fue de otro planeta. Me hicieron sentir que era parte de ellos.

Mauricio se veía feliz y orgulloso de su madre y para festejar me pidió que fuéramos a su heladería favorita donde acostumbrábamos a ir cuando el verano se hacía presente. Caminamos de la mano por la calle principal de Niebla, al llegar, compramos dos copas gigantes de helado con baño de chocolate y crema de moca, disfrutamos y reímos sin parar.

—¿Cómo está tu papá? —le pregunté mientras saboreaba el delicioso helado.

—Tú sabes cómo es papá. No habla mucho y cuando lo hace es solo para decir lo que debo y no debo hacer. —Levantó los hombros y siguió tomando su helado.

Le acaricié el mentón y le sonreí.

—Y tu hermano ¿Cómo está? Alguna vez te habla de mí —exclamé.

—No mamá. No se habla de ti en casa, pero no te preocupes Fabián está bien —dijo aparentando normalidad.

Suspiré.

—¿Te gustaría ir al muelle?

—Deja llamar a papá para ver que dice —respondió.

Al rato estábamos en el muelle disfrutando de un cálido atardecer.

Disfrutando la vida como siempre debió ser.

***

Dejé a mi hijo en la casa de su padre.

Cuando me despedí y abracé a Mauricio, alcancé a ver cómo se movió la cortina de la pieza de Fabián. No dejé de mirar. Sonreí y me llevé la mano al pecho, dándole una señal para que supiera que lo amaba y a pesar de su rabia, a pesar de la distancia, siempre sería su madre y eso,

ni su rabia ni el desprecio lo podrían cambiar.

Sabía que él también me veía y ahí me quedé mirando las sombras de lo que algún día logramos ser, hijo y madre.

La diferencia que hoy, yo soy la madre y él es el hijo, y así, algún día lo entenderá.

Pase lo que pase, eso nunca cambiará.

7
Práctica, ¡ahí vamos!

El primer día de práctica me recibió Marco, él era el encargado de alumnos. Cuando mi mirada se cruzó con la de él sentí algo increíble dentro de mí, nunca había experimentado tanta tranquilidad, no es por exagerar, pero era más que tranquilidad, era paz.

Un poco más alto que yo, de manos grandes y uñas perfectas, recuerdo que miré sus zapatos y estaban tan brillantes que podía ver mi reflejo en ellos. No lograba dejar de mirarlo. Aparte de ser un hombre bellísimo y radiante. —Sí, era de verdad bellísimo—. Su sonrisa era resplandeciente. Me encantó el sonido de su risa, un hombre diez de diez que sin darme cuenta se había alojado en mi corazón, no dudé, en pensar, que me había encantado con su mirada.

Fue él quién me enseñó el día a día dentro de una editorial

—¿Qué es lo que se espera de un alumno en práctica en esta editorial? —tímidamente le pregunté.

—Esperamos que logren adquirir habilidades para redactar textos de calidad. Manejar herramientas digitales, trabajar con distintos formatos de contenidos y comunicarse de manera efectiva —comenzó a explicar—. Estas habilidades son muy valoradas en el mundo editorial, ya que un buen editor debe ser capaz de mejorar los textos que recibe y darles el formato más adecuado para su audiencia —respondió con entusiasmo.

—De pequeña me gustó la comunicación y todo el mundo de la televisión; sin embargo, deseo perfeccionarme como editora —comenté.

—Llegaste al lugar perfecto —lo dijo mientras apilaba un millar de archivos que pidió que clasificara.

***

Y sin pensar que se hiciera realidad, Marco me invitó a la cafetería que estaba al frente de la editorial, recuerdo ese día como si fuera ayer, aún puedo oler el delicioso aroma del café recién preparado.

En la hora que tuvimos de colación pude conocer un poco más de él, no tenía esposa ni tampoco hijos, vivía solo a las afueras de Niebla. Me imaginaba que tenía 30 años o un poco más, mi ojo clínico había fallado, Marco tenía 43 años cuando lo conocí. Amante de la pesca y de sus tres perros, Cruz, Galo y Severay.

Fue un momento agradable donde cada uno supo algo más del otro, por supuesto no me atreví a contarle toda mi vida junto a Isaac, solo le dije que era separada y que tenía dos hijos. Él muy

respetuoso no indagó más allá. Gesto que agradecí con el alma. Tener que contar todo lo que viví a un desconocido no era una opción para mí.

Cuando terminamos el café y los *muffins* de arándano, cruzamos la calle corriendo y de un momento a otro Marco tomó mi mano para apurarme en mi paso.

Nunca, jamás, había sentido las famosas mariposas volar dentro de mi cuerpo. Cuando escuchaba a mis amigas hablar de ello me causaba risa, para mí era exagerado y casi ridículo. —Y es cierto, se siente, sí, se siente como hormigas o mariposas o el insecto que sea, pero se siente. Doy fe de eso—. Cuando él tomó mi mano, un tornado de extrañas sensaciones se movían en todo mi cuerpo, desde la cabeza hasta la planta de mis pies. Le solté la mano porque los nervios me invadieron como una pequeña quinceañera.

Entramos al edificio y casi no dije palabra cuando estábamos en el ascensor.

—¿Qué pasa? Estás muy callada, ¿dije algo que no debía? —preguntó preocupado.

—No, no has hecho nada malo, al contrario, fue muy agradable pasar la hora de colación conversando contigo —suspiré—. Es solo que me puse algo nerviosa cuando tomaste mi mano. No sé qué me pasó. Disculpa por sentirme incómoda. —Me sonroje.

—¿Por qué te disculpas? No lo hagas, ¿qué has hecho de malo? Y si yo te incomodé, soy el que debe pedir disculpas.

Casi en las nubes, solo sonreí.

Fue un gran día, sí que lo fue.

***

La semana siguiente no me enviaron a la editorial y yo sentí que moría, pensé mil ridiculeces, como que alguien nos vio tomando café o peor, nos vieron de la mano, no lo podía creer.

Gracias al cielo eran solo especulaciones mías.

Las pruebas finales se adelantaron una semana. Y ese fue el motivo por el que no volví a la editorial

Cuando estaba sacando copias de unas guías, vi pasar por el pasillo del frente a Marco, iba rápido cargado con archivadores similares a los que yo había ordenado la semana anterior. Actué como una niñita y me escondí detrás de las paredes. Me agaché y me tapé la boca.

Terminó la jornada y me apuré para salir.

Un aire gélido rebotó en mi rostro, apuré el paso para llegar pronto a casa. <<Si mi buen sentido de meteoróloga no falla, en pocos minutos estaré empapada>> pensé.

Corrí rápido para llegar a la parada de buses y antes de cruzar la calle, escuché mi nombre y

cuando volteé era Marco invitándome a subir a su auto, ni siquiera lo pensé, como ya les había dicho, el frío era del terror. Nos saludamos y frotándome las manos, le dije que me había salvado de morir de hipotermia, él sonrió.

—¿Y si nos tomamos un chocolate caliente? —me preguntó soplando sus manos.

—Me vendría súper. —Sonriendo le respondí.

Estacionó el auto cerca de la única cafetería que había en el pueblo. Mientras esperábamos el pedido, la mesera muy amable puso sobre la mesa unas ricas galletas recién horneadas.

Y sin pensar en nada, casi por inercia, le conté mis últimos veinte años de vida, nunca me olvidaré de su mirada, no fue de compasión, ni mucho menos de dolor, sino más bien de una admiración.

—¿Por qué me miras de esa forma? —pregunté.

—¿Cómo te miro? Te miro con los ojos de un hombre que admira y no es por hacerte sentir bien. No, no. Eso ni lo pienses —dijo sin apartar su mirada de la mía.

Quería que me tragara la tierra. Mis mejillas dejaron al descubierto lo nerviosa que me puso esa confesión.

—Y mírate aquí estas a un paso de titularte de periodista. Eres una gran mujer —agregó y sin más me aplaudió.

Sentí un escalofrío que me paralizó entera, lo único que pude hacer en ese momento fue sonreír, fue una maravilla esa gran coincidencia de poder toparme con él esa tarde. “—Por cierto, la taza de chocolate lejos la mejor que pude probar—”.

***

Cuando llegamos a mi casa, había dejado de llover, gracias al cielo.

Nos bajamos del auto y lo único que deseaba en ese instante, era que Marco me besara. Sí, que me besara. ¡Ay, Dios! Como quería ese beso o, por último, que me abrazara, sin embargo, ni lo uno ni lo otro. Solo me estrechó la mano y dijo mañana te veo en la oficina.

—Gracias por la invitación y por traerme hasta aquí. Nos vemos mañana. —Sonreí

Entré a casa, cerré la puerta y me quedé suspirando con la espalda apoyada en la pared. Es que no podía creer que no me haya besado. No lo podía creer. Pensé <<O es demasiado formal, o demasiado tímido>>. Sabía que yo no le era indiferente, entonces sí o sí eran las opciones anteriores; formalidad o timidez.

Aún estaba apoyada en la pared. Cuando apareció mi padre de la nada y me hizo saltar del susto.

—¡Papá! Casi me sacas el corazón —le dije casi sin aire.

—Disculpa, hija, no te sentí llegar —respondió caminando a su dormitorio.

Estaba tan emocionada que me lancé como niña de quince años sobre mi cama, sonreí, cerré mis ojos y sí, me imaginé a ese hombre besándome, es más, me lo imaginé todo.

No sé en qué momento, Marco comenzó a causar esa atracción tan fuerte en mí.

***

Al día siguiente no lo vi, no llegó a trabajar. Cuando pregunté por él, supe que lo habían asaltado al llegar a su casa. El día se me hizo eterno y cuando llegó la hora de salir busqué en la base de datos de la oficina su información personal. Anoté sin que nadie me viera su dirección, fue así, que logré llegar hasta su casa. Algo dentro de mí me decía que no se encontraba bien.

Al llegar, no lo dudé y toqué el timbre, por un momento pensé que no estaba, rodeé la casa y no se veía nadie. Su auto estaba estacionado afuera, eso me indicaba que era muy probable que estuviera ahí. Seguí insistiendo hasta que a la tercera llamada me abrió la puerta, no lo podía creer, tenía la cara inflada, el labio inferior aún con restos de sangre y la nariz, que decir de su nariz, era evidente que la tenía fracturada. Me llevé las manos a la cara impresionada, le hice la pregunta más idiota que podía hacerle en ese momento.

—¿Qué te pasó, por Dios? —interrogué angustiada.

—¿Qué haces aquí, Fernanda? —Miró hacia todos lados antes de tomar mi mano y rápidamente me hizo pasar.

Fue cuando me enteré de que la noche anterior, Isaac nos seguía. Llegó hasta su casa. Y antes de que Marco entrara, Isaac lo tomó por sorpresa y lo golpeó sin compasión.

—¡Pero no puede ser, no lo puedo creer! —sollocé—. Discúlpame, todo esto es mi culpa —dije llorando.

—Cálmate. No tienes por qué disculparte por algo que no has causado.

—Jamás lo hubiera pensado, sé que Isaac tiene un carácter complicado, pero llegar a esto. Es que no lo puedo entender, llevamos más de cuatro años separados. Él no tiene derecho.

—Tranquila Fernanda. —Se acercó a mí y me abrazó.

Curé sus heridas, preparé para él un ungüento mágico, receta de mi madre. Pasé el resto del día junto a él. Me despedí con un abrazo suave para no dañarlo más de lo que estaba.

Cuando salí de ahí, no regresé a mi casa, fui hasta donde Isaac, necesitaba encararlo y decirle todo lo que mi boca había callado por tanto tiempo. Al llegar a la casa de Isaac le di una llamada que respondió al segundo.

—Te espero en el parque y ven solo. —Le corté.

8
Y otra vez

Me hizo esperar casi media hora.

Lo vi aparecer con su aire de todo poderoso y mirada altiva. Al verme se sonrió con burla en sus ojos como era su costumbre.

—¿Qué quieres? —preguntó el muy idiota como si él no hubiera hecho nada.

—¿Cómo fuiste capaz de seguirme? ¿Cómo se te ocurre golpear a un compañero de trabajo? ¿En qué estabas pensado? —le grité.

—¿Y tú crees que me voy a quedar tranquilo viendo cómo te burlas de mí? Eres una cualquiera —vociferó.

Le dije que yo no era nada de él. Que solo nos unía un papel que él no quería romper. Además, le dejé claro que entre Marco y yo no había nada.

—¿Cómo puedes ser capaz de golpearlo? Ni siquiera nos hemos besado. —Llorando le grité.

—Que sepa tu amiguito y tú que de mí nadie se ríe. —Se dio media vuelta y se fue.

No quise regresar a casa. Necesitaba con quién desahogarme. Paula era la indicada. Con ella todo era más sencillo.

Paula, horrorizada me escuchaba, atenta como si en su mente estuviera urdiendo un plan para aniquilarlo.

—Esto que acaba de hacer tu ex no se puede quedar así, lo sabes, ¿verdad? —dijo Paula molesta.

—Lo sé, lo sé. Pero dime, ¿qué puedo hacer? —pregunté angustiada.

—Marco debe poner una denuncia. Debe informar a la policía qué fue víctima del ataque de un imbécil, narcisista y sicópata —enfurecida casi con taquicardia espetó Paula.

Después de un par de horas en casa de mi amiga, regresé a la mía. Casi por inercia abrí la cerradura. Al entrar, lo primero que vi fue a Isaac sentado con mi padre. Papá inmediatamente me indicó que me sentara junto a él.

—¿Qué sucede? ¿Qué hace él aquí? —exclamé.

—Fernanda. ¿Por qué no me has dicho que estás saliendo con otro hombre? —sorprendido me

preguntó.

Recuerdo que tomé aire mucho aire, me levanté desde donde estaba sentada. Caminé hasta el ventanal de la sala y mirando la nada sentí tanta lástima por Isaac, volteé a verlo, me acerqué a él, me bajé a su altura y le dije.

—Isaac. Escúchame, llevamos cuatro años separados, eso significa que yo puedo si lo quiero tener la oportunidad de conocer a otras personas. Escúchame, lo nuestro no resultó aunque fueron veinte años juntos, aunque tengamos hijos en común, no te da derecho a hacer lo que estás haciendo. —Respiré profundo y continúe—. Seguirme, golpear a las personas con las que tú crees que estoy saliendo, venir hasta aquí y atormentar a mi padre. No lo puedes seguir haciendo. Es que no lo voy a permitir. Entiende, tengo derecho a ser feliz. Tengo derecho de amar y encontrar a alguien que me ame de verdad. Isaac, tú también tienes los mismos derechos. Entiende. Yo no voy a volver contigo. Sobre la golpiza que le diste al jefe de práctica ¡No debiste hacerlo! Él no es nada mío. Y si fuera él u otro, ya no es asunto tuyo. Necesito que sigas con tu vida tal como yo lo hice con la mía, por años aguanté todo por miedo a ti. Eso se acabó Isaac. Ya no te temo.

Él me miró con los ojos aguados y en su expresión podía oler toda la rabia que sentía. Sin decirme nada, se levantó y se fue cerrando la puerta tan fuerte que creo que, si existe vida en otra última galaxia, ellos también escucharon el estruendo.

***

Durante toda la noche no logré pegar un ojo, era imposible conciliar el sueño.

<<¡Es que nunca podré conocer a otro hombre!>> Pensé.

Lloré de rabia e impotencia y yo que pensaba que mi vida ahora fluía como aguas de un manantial.

¡Qué equivocada estaba!

Me sentía mareada por tantas vueltas que di en mi habitación durante la noche. Fue una noche espantosa. ¿Cómo iba a mirar otra vez a la cara a Marco? <<¡Qué vergüenza! No éramos nada, ni siquiera estaba tan segura de que yo le despertara algún sentimiento y bueno, si así era, con esa tremenda golpiza que recibió por culpa del loco de patio de Isaac, ni siquiera querrá acercarse a mí>>. Pensé.

Al día siguiente tampoco llegó a trabajar, a pesar de su ausencia, esta vez no me atreví a acercarme hasta su casa. Ese fin de semana fue el más largo y angustiante de toda mi vida. No tuve noticias de Marco. ¡Y cómo las iba a tener!, nunca llegué a pedirle su número de celular. No tenía por qué haberlo hecho, si él era solo el encargado de los alumnos en práctica. ¡Qué horror! ¡Qué vergüenza! En ese minuto me arrepentí de no haber apuntado su número de móvil cuando saqué su dirección de la oficina.

El lunes fue lo mismo. No llegó a trabajar, esperé que llegara la hora de salida y sin importar

si me siguiera otra vez el imbécil de mi ex, me fui a ver a Marco.

Cuando llegué miré a mi alrededor y no se veían señales de ese hombre.

Estaba a punto de tocar el timbre cuando Marco me abrió la puerta

—¡Qué alivio! —le dije—. Lo siento, estaba muy preocupada por ti —agregué.

—Estoy mejor, ¿qué te parece? —Sonriente apuntó su rostro.

Una vez adentro de su casa lo abracé, esta vez mucho más fuerte.

Marco se apartó de mí solo unos centímetros. Tomó mi mentón, me miró y mis piernas temblaron. Luego me besó. Sí, me besó, un beso suave, cálido y sin pensar, nuestras lenguas se juntaron en un baile desesperado de pasión y deseo. Nos dimos uno tras otro y me dejé caer en el sofá y ahí sobre un tapado de lana color anís, me sacó la chaqueta, también la camisa, yo hice lo mismo con su ropa y ambos quedamos desnudos frente al calor de la chimenea.

Me besó los pechos, me tocó y vaya que lo hizo. Rápidamente, sus manos recorrieron todo mi cuerpo. Literal, cuando digo todo mi cuerpo, es todo. Fue cuando lo sentí dentro de mí. Qué sensación tan placentera, que diferente se sintió todo aquello. La magia de hacer el amor sin obligación es que es de lejos lo mejor que he podido experimentar en años.

Nos besamos y nos reímos como niños, y también nos abrazamos como si nunca nadie nos hubiera regalado un abrazo de verdad. Permanecimos unidos sintiendo nuestra piel por unos minutos más, hasta que caminamos a la ducha besándonos frenéticamente, conociendo el sabor y la textura de cada beso. Ahí, en la ducha, lo hicimos con deseo desesperado una y otra vez. Me sentía en las nubes. Jamás tuve tanto placer a la hora de hacer el amor. Nunca sentí que me tocaran con tanto cuidado, con tanta calidez, con tanta suavidad.

Pasé el resto del día con él y también la noche. De lejos el mejor momento de mi vida.

A la mañana siguiente Marco me despertó con un rico desayuno, me dio un beso en la frente y me incorporé al segundo para probar las exquisiteces que preparó para mí.

—¿Qué haremos con Isaac? —le pregunté mientras terminábamos el desayuno.

—Nada. No hagamos importante sus actos. Aunque necesito que te cuides, no quiero que él se desquite contigo —me lo dijo regalándome una sonrisa.

Suspiré.

Traté de guardar la calma para restarle importancia a la actitud de Isaac y aunque traté de bloquearlo de mis pensamientos, mi mente me traicionaba por qué una y otra vez sus palabras volvían a mi memoria.

“—Que sepa tu amiguito y tú que, de mí, nadie se ríe.” Podía oír.

Esa frase la tenía ahí metida en mi cabeza y más que la frase, la rabia, el odio que vi cuando

me atreví a enfrentarlo.

***

Después de esas mágicas horas y de ese delicioso despertar, nos despedimos.

Debía ir a recoger a Mauricio como todos los domingos, día en que nos regalábamos momentos eternos de entrega y amor.

Llegué por él a la misma hora de siempre y mi niño, ahí estaba esperándome con su mochila lista para el siguiente día.

—¡Hola, mamá! ¿Cómo estás? —me preguntó dándome un beso apretado.

Lo estreché en mis brazos y caminamos juntos por la avenida principal. Almorzamos comida chatarra por petición de Mauricio y después bajamos a la orilla de la playa para contemplar la majestuosidad del hermoso lugar. El cielo estaba impoluto, hermoso, sin ninguna nube que lo cubriera. Jugando una partida de naipes, nos reímos de las trampas que una y otra vez me hacía Mauricio.

—Eres un pillo —le dije apretándole la mejilla.

Se sonrió y en su mirada pude ver la felicidad y el amor que me profesaba. Lo miraba e imaginaba ese mismo momento compartiendo con Fabián, mi hijo mayor. Hace más de cuatro años que no he logrado tener una conversación con él, sigo esperando el momento perfecto para que suceda. Mientras espero solo me tranquiliza saber que está bien, que dejó de drogarse y que ha vuelto a estudiar.

Gracias a Mauricio, su hermano, sé que se dedica en sus tiempos libres a practicar Surf, además, el amor ha tocado su corazón. Está enamorado de una bella chica que se llama Elena. Mauricio me mostró una foto de ella. Y me sentí contenta de saber que mi hijo mayor por fin estaba siendo feliz.

***

La semana siguiente Marco se presentó a trabajar, todos se acercaron a él para saber cómo se encontraba, desde lejos observaba como le demostraban su afecto y preocupación.

A la hora de la colación, fui a buscar mi almuerzo cuando de pronto escuché mi nombre, era Marco que sin levantar sospechas me llamó hasta su oficina.

—Dígame, ¿qué necesita? —pregunté sonriéndole con la mirada.

—Fernanda, necesito que te pongas al día con la revisión de esta edición. Debe estar lista para mañana —sentenció con un tono indiferente—. Toma asiento, por favor —agregó, mientras caminó hasta la puerta para cerrarla.

Fue ahí que me tomó del brazo y de un solo impulso me levantó de la silla pegando mi cuerpo

en la pared. Me tomó de la cintura, metió la mano dentro de mi blusa y posó con fervor su boca encima de la mía, nos besamos hasta quedar sin aliento. Recorrió mi cuerpo con sus manos y yo hice lo mismo con el suyo. Sentí toda su erección a través de su pantalón. <<¡Ay, como lo deseaba! Deseaba a ese hombre con todo mi cuerpo, con toda mi alma. Un deseo desaforado capaz de arriesgarlo todo por sentirlo una vez más dentro de mí>>. Al segundo reaccionamos que estábamos en el trabajo y volvimos a nuestros puestos.

—No se preocupe, mañana a primera hora tendrá la edición revisada —dije elevando mi voz para poder ser escuchada por los demás.

Cuando salí de la oficina de Marco sentí que todos me miraban y una de mis compañeras se acercó para saber qué me había indicado hacer.

—Me pidió la revisión de las ediciones —le respondí sin mirarla.

—¡Qué maravilla, Fernanda! Eso indica que nuestro editor confía en ti, de seguro cuando terminemos la práctica, serás tú quien quede en el puesto vacante —mencionó Claudia, una de las compañeras de universidad.

—Sería una muy buena oportunidad, pero no hay que hacerse ilusiones. Quién sabe quizás mi destino esté en otro lugar. —Le sonreí.

Y así fueron pasando los días en la editorial, entre las notas de prensa, ediciones y besos fogosos que Marco me robaba en cualquier descuido de los demás.

9
Invitación

—¿Te gustaría pasar el fin de semana en Chiloé? —me preguntó Marco en un mensaje de *WhatsApp.*

Le envié un emoticón de corazones y un SI en mayúsculas.

Y él, de vuelta, me envío un “GIF” de ojos locos.

—Te espero en mi casa después del trabajo. Tenemos mucho que planear. Te quiero.

Leí la última frase y fue como un remolino recorriendo y envolviendo todo mi cuerpo y sin más, me sentí dentro de una burbuja brillante y en movimiento continuo. Era la primera vez que él me decía “Te quiero”, o sea, la primera vez que lo escribía. Ahora solo deseaba escuchar de sus labios lo mismo.

Te quiero Fernanda. Te quiero.

Tal y como lo acordamos, nos encontramos en su casa, en nuestro refugio. Ahí donde me hizo suya por primera vez. En ese lugar íntimo y mágico que hacía que me sintiera viva.

—Pasa cariño —me dijo Marco invitándome a entrar.

Me puse cómoda. Él amable como siempre, había preparado café.

—Mira, estas son las opciones que tenemos. Solo elige una y hago la reserva —exclamó enseñándome unos folletos de cabañas para la isla.

—¡Qué belleza! Me gustan todas, pero creo que me encanta más la que tiene un solo ambiente. —Le sonreí.

Nos besamos, nos tocamos una y otra vez.

Juntos éramos puro fuego teníamos una conexión perfecta, todo fluía entre nosotros.

Después de hacer el amor nos tapamos con la colcha color anís, que por cierto se había convertido en nuestra compañera preferida. Ahí, sentados sobre la alfombra, mirando la chimenea planeábamos nuestras siguientes aventuras, imaginamos con hacer viajes a cada isla del sur de chile. Nos reíamos y nos la pasábamos increíble juntos.

—¿Tienes todo listo para el fin de semana? —me preguntó besándome el hombro que se asomaba por el hueco de la colcha.

—Sí. Todo listo. Hablé con Mauricio y sabe que voy con unos amigos a la isla —le dije mientras abrazaba mis rodillas—. No me gusta mentirle a mi hijo. Pero quiero esperar un poco para hablarle de ti.

—Estaría feliz de conocerlo y al resto de tu familia. Estoy seguro de que nos llevaremos muy bien. —Me besó la frente y fue por más café.

Me quedé pensando en la reacción de mis hijos al enterarse de que salgo con otro hombre. Fabián, él era lo más complicado para mí. A él no se lo iba a poder explicar personalmente y se terminaría enterando por otros. Suspiré.

—¿Sabes que te quiero? ¿Verdad? —exclamó—. No quiero perder lo que tenemos Fernanda. Sé que aún nos estamos conociendo, a pesar del tiempo, siento que serás mi mujer por el resto de mi vida. Y sabes…

—¿Qué sé? —le pregunté.

—Estoy seguro, que seremos uno. Seremos siempre. Seremos tú y yo —lo dijo tan pletórico que resultaba imposible no creerle.

Yo solo disfrutaba. Solo estaba viviendo ese presente perfecto que había llegado a mi vida porque me lo merecía.

Las palabras recitadas por Marco hacían magia en mi memoria y entre la realidad que vivía y que me encantaba, también imaginaba un futuro pleno junto a ese regalo del cielo. Dicen que “somos lo que pensamos”. Y cuando creí con tanto fervor en esa frase.

Comencé a soñar bonito, a soñar con Marco cada noche, cada despertar y fue así como cada noche lo tenía cerca, cada vez más cerca.

Nos vestimos y nos despedimos.

Sí, era de esas despedidas que te dejan con una sonrisa semanas enteras.

***

Chiloé, 2023

—¿Cómo llegaremos hasta la isla? ¿Cuáles son las mejores opciones? —pregunté.

—Debemos tomar la Panamericana hacia el sur hasta la localidad de Pargua. Ahí zarpa el transbordador que en media hora nos cruzará por el canal de Chacao —respondió Marco acercándose hasta mi boca.

Nos besamos y mientras nuestros cuerpos desnudos vibran en la más alta sintonía del amor. Marco dulce y a la vez lujurioso, me hablaba al oído, y de su boca escuchaba frases que me

ponían más candente. Yo solo gozaba e imaginaba, mientras gritaba su nombre de placer.

Temblando, nos abrazamos y así quedamos entrelazados por minutos eternos.

—¿Entonces a qué hora partimos mañana? —pregunté.

—Lo mejor sería partir a las seis de la madrugada, la idea es estar a medio día en Chiloé. La distancia aproximada es de unos cuatrocientos treinta kilómetros —comentó Marco.

Yo lo escuchaba atenta pensando, que, para mí, atravesar tantos kilómetros con él, era sin duda la mayor alegría que podía sentir. Con él me sentía maravillosa, bella, única y querida.

Y tal como lo habíamos previsto, al iniciar el alba, nos entregábamos por completo a experimentar juntos una pequeña aventura.

Iba mirando la belleza de la carretera cuando Marco me preguntó qué pasaba por mi cabeza. Lo miré y le sonreí.

Me imagino los bosques con entramados árboles por los que se cuela la luz, mientras el sonido de la lluvia y los animales es lo único que podemos escuchar. Me imagino como si un pedacito del paraíso también estuviera en la tierra. Un lugar lleno de magia, costumbres, cultura y tradición.

—Ya quiero llegar —le dije.

Marco, me acarició el cabello y sentí un gesto invadido de cariño, un cariño tan genuino que se me erizaban los vellos de los brazos.

Era amor, era magia.

—Cariño, cuando lleguemos a Ancud hay que visitar la plaza principal, el Fuerte San Antonio, el Fuerte de San Carlos y la playa Arena Gruesa. Antes, por supuesto, almorzamos —exclamó Marco mientras conducía con una mano y la otra la posaba sobre la mía.

—Sí, lo primero es comer, ¡ya tengo hambre! —Sonreí y seguí contemplando la magia del sur.

***

En el transbordador íbamos felices, inmortalizando cada momento en la cámara de nuestros móviles. Observé a nuestro alrededor y todos hacían lo mismo. Disfrutaban.

En un poco más de media hora de viaje por fin estábamos en Ancud y según lo planeado, la meta era buscar el mejor lugar para probar las delicias de esa bella localidad.

Almorzando, nos dedicamos a buscar cómo llegar al monumento Natural Islotes de Puñihuil, donde se encuentran las famosas pingüineras.

Mi sueño, ver un pingüinito pequeño junto a sus padres y tener la oportunidad de ver cómo un

macho enamorado deja caer la piedra a su amada pingüina.

Dicen que los pingüinos son eternos, enamorados y eligen a su musa hembra para toda la vida. <<¡Quiero ser la musa pingüina de Marco!>>.

La noche llegó y fuimos testigos de una experiencia única. Ancud es hermoso.

Pasamos la noche en la cabaña que Marco reservó, una cabaña pequeña pero acogedora. Estábamos tan cansados que esa noche nos dispusimos a dormir. Solo dormir.

En la mañana a primera hora nuestro rumbo fue Castro. Al llegar quedamos encantados con lo que nuestros ojos veían. Es esa imagen mental que todos tenemos de Chiloé: palafitos, mercados, iglesias y casas con tejuelas, además de una arquitectura sin igual que se hacen realidad al poner un pie en la ciudad. La plaza de Armas, donde se encuentra la iglesia San Francisco es hermosa. Y conocer las famosas casas construidas sobre pilares encima del agua, es mágico, sus tonos, sus formas y los árboles abrazándola por detrás es todo un espectáculo.

Amé Castro.

Luego saliendo del parque Nacional Chiloé rumbo a la localidad de Cucao, comienza el pequeño camino que conduce al famoso muelle de Las Almas. —No exagero, esa pasarela de madera no es solo un hermoso lugar para sacarse fotos, pues también representa la antigua leyenda huilliche según la que, cuando alguien muere, debe viajar a los acantilados de Punta Pirulil para llamar al balsero Tempilkawa y viajar hacia el horizonte—. Inmortalizamos todo y más en nuestra mente y también en la cámara de nuestros móviles.

Lo último de ese mágico fin de semana fue la ruta de las iglesias. Nada que decir. Me enamoré de todos esos bellos regalos de la naturaleza.

La última noche que pasamos en la isla, Marco recibió un mensaje a través de su celular. Me preocupé por la cara de asombro que él no pudo ocultar.

—¿Sucede algo cariño? —le pregunté.

Vi en sus ojos el pánico y la desesperación. Era algo malo, claro que lo era.

Él se sentó, me tomó las manos. Estaba sudando.

—Marco, por favor dime que sucede —le exigí aterrorizada.

—Fernanda, es Isaac. —Y me pasó el celular. Leí.

“—Si no dejas a Fernanda mi mujer, la voy a matar. Estás advertido. Termina el juego de los amantes y aléjate de su lado—”.

No lo podía creer. Lloré de rabia y de miedo. Después de golpear a Marco lo creía capaz de todo.

Marco me abrazó, me levantó la cara, me besó suave, como la primera vez.

—Antes de irnos debemos poner la denuncia —vociferó—. Esto no lo voy a dejar pasar. La vez pasada no lo quise denunciar, pero ahora amenaza con matarte. Realmente ese hombre está desquiciado. Con esto podrás pedir la custodia de Mauricio —dijo con convicción. Mientras yo me aterré.

***

Hicimos nuestros bolsos, y ese tan bello y mágico fin de semana se nubló por culpa de ese hombre que tanto daño me había causado.

En la comisaria nos tomaron la declaración como el protocolo lo indicaba. Pedí orientación y ellos amables, me indicaron todos los pasos a seguir. Ya estaba hecho, Isaac no se podía acercar ni a Marco ni a mí. Fui derivada al tribunal de familia de Valdivia y desde ahí poder iniciar la disputa de la custodia de mi hijo.

Mientras viajábamos Marco trató de relajar la tensión y me hablaba de lo bello del lugar que íbamos dejando atrás. Sin embargo, no consiguió tener resultado, yo seguía aterrada.

Las horas se me hicieron eternas hasta que al fin llegamos a Niebla. Decidimos pasar la noche en casa de Marco y desde ahí salir al día siguiente a la editorial.

Llegamos a Niebla como a medianoche. Cuando entramos a casa, Marco prendió la chimenea y las luces del patio trasero. Yo caminé hasta la cocina para calentar agua y tomar un té.

—Cariño, tranquila. Todo estará bien. —Intentó calmarme mientras me abrazaba.

Fue ahí en ese instante que vi aparecer a Isaac por el pasillo que unía la sala de la cocina. Se abalanzó en contra de Marco, ambos cayeron al suelo en una lucha frenética de golpes. Grité, abrí la puerta, volví a gritar, pero Marco no tenía vecinos cerca. Nadie me iba a escuchar. Llamé a la policía. Tomé un mazo de la cocina y comencé a golpear por la espalda a Isaac, él me lanzó lejos, mi cabeza se golpeó con una parte de la chimenea y mientras perdía el conocimiento vi cómo Marco era apuñalado por el padre de mis hijos.

10
Oscuridad

Los rayos de sol que entraban por la ventana tocando mi rostro me obligaron a despertar. Abrí los ojos, me incorporé al segundo. Estaba en una camilla de hospital. Me saqué los cables que vigilaban el ritmo cardiaco de mi corazón. Ya libre, bajé de la camilla, caminé por el pasillo desesperada. Recordé lo último que vi antes de que mis ojos se cerraran.

Vi a mis hermanos y a Paula correr hasta abrazarme.

—¿Dónde está Marco? —les pregunté.

—Isaac lo apuñaló —dijo uno de mis hermanos.

Grité de dolor.

—Tranquila hermanita, tranquila —exclamó Bruno angustiado.

—Marco está en la unidad de cuidados intensivos. Los médicos dicen que se encuentra estable dentro de su gravedad —exclama mi hermano—. Ayer fue operado. Fernanda, le salvaste la vida. Gracias a la llamada que hiciste a la policía, la ambulancia llegó a tiempo —agregó Bruno.

—Quiero verlo, por favor —supliqué. El dolor que sentía en mi pecho era invalidante, no podía respirar, sentía que moría—. ¿Cómo pudo? ¿Dónde está Isaac? —grité de angustia, rabia y también miedo.

—Ven, hablemos con la enfermera —añadió Bruno tomando mi mano.

Llegamos a la recepción y nos dijeron que no podíamos pasar a esa unidad. Pero me alentaron a tranquilizarme, me dijeron que Marco estaba estable y que dejara algún número de contacto para poder darme información.

La cabeza me daba vueltas y tenía un dolor muy fuerte en la parte posterior de la cabeza, me toqué con mis manos y me di cuenta del gran parche que tenía en el lugar.

—Tranquila —me calmó Bruno, tienes tres puntos.

—Quiero un café. —Recuerdo que lo dije con un hilo de voz.

Bruno tomó mi mano y seguimos las franjas de color que guían a las personas dentro de un hospital. Cuando llegamos a la cafetería vi entrar a Fabián desesperado, cuando me encontró fue directo hasta donde estaba, por la ira que reflejaba su rostro supe que su desesperación no era por saber cómo me encontraba después de que su padre me hubiese atacado. Si no, la furia que veía en él era por su padre. Y lo entendí todo, Fabián jamás me iba a perdonar.

—¡Ves lo que has causado! ¿Cómo pudiste burlarte de Papá? —bramó—. Ahora él está detenido— me reclamó llorando.

Traté de controlarlo, sin embargo, fue en vano. Él fuera de sus cabales me dijo que era una cualquiera y que no quería volver a verme.

—Eres una zorra.

Bruno lo tomó de los brazos y lo sacó a empujones de la cafetería. Lloré por el momento vivido y porque mi corazón me dijo llorando desde mi pecho que a Fabián lo había perdido. Vi como en ese momento se dibujó entre nosotros una bifurcación interminable de camino. Pero no me importó, hace tiempo que sabía que no era culpable de nada y si él aún no lo entendía, yo nada podía hacer. Solo el tiempo sería el protagonista de esta película de terror.

Esa noche fue un antes y un después en nuestras vidas.

—¿Estás bien? —preguntó mi hermano cuando regresó junto a mí.

—Sí. Lo estoy —respondí.

Miré a Bruno pidiéndole respuestas, no fue necesario preguntarle nada. Me conocía tan bien, que inmediatamente me contó que Isaac, luego de atacar a Marco y mientras yo permanecía inconsciente, llamó a la policía y fue el quién se entregó.

Suspiré, unas lágrimas que parecían quemarme las mejillas aparecían desde mis ojos. Lloré de dolor y tristeza, pero esta vez lo hice por Mauricio, mi hijo menor, que adoraba a su padre. Mi niño no tenía culpa de nada, quería verlo y poder abrazarlo.

—¿Dónde está Mauricio? —murmuré.

—Con mis papás —contestó mi hermano.

Enseguida me levanté y le pedí a Bruno que me llevara a casa. Paula y Marcelo, mi hermano mayor, se quedaron en el hospital. Ellos permanecieron por horas esperando un milagro para mí, para Marco y porque no decirlo también para Isaac.

Cuando llegué a casa, bajé rápido de la camioneta y corrí hasta la entrada y ahí estaba mi niño, mi Mauricio con la mirada perdida.

—¡Mamá, mamá! —gritó en cuanto me vio. Nos abrazamos por segundos eternos e insondables—. ¡Mamá! ¿Estás bien? Es cierto que papá te golpeó y mató a tu amigo. Mamá, dime que no es verdad.

—Calma, cariño. Todo estará bien —exclamé entre sollozos.

En ese momento imperfecto tuve que contarle a mi hijo la peor historia que un niño de catorce años podía escuchar.

—Mauricio hace un tiempo conocí a un hombre. Tu padre se enteró y le envió un mensaje. No sé cómo se consiguió su número móvil, pero lo hizo, ese mensaje era amenazante y lo obligó a dejarme —comencé a explicar—. Decidimos con Marco, ese es su nombre, decidimos poner una constancia, Mauricio. Debía hacerlo. Antes, cuando aún ni siquiera entablaba una amistad con él, lo siguió hasta su casa y lo golpeó. Hijo, tu padre. Nunca entendió que lo nuestro no tenía retorno. No entendió qué han pasado más de cuatro años —agregué—. Él perdió el juicio y en un acto de ira lo golpeó y lo apuñaló. Isaac. Él se entregó hijo. —Lo abracé tan fuerte que por un momento pensé que podía fracturarlo.

—¿Te golpeó mamá? ¡Dime la verdad! Por favor —pidió con la voz entrecortada.

No quise contar más de lo que ya le había dicho. No quise causarle más dolor, lo tomé de las manos, las besé y caminamos abrazados a la casa.

Mis padres me esperaban estoicos en la sala principal y aunque no eran personas de muchas palabras en sus miradas me transmitieron todo su apoyo, el más incondicional, el de padres. Al mirarlos a los ojos podía escuchar su voz decirme:

"—Tranquila mi niña. Tranquila que aquí estamos—".

—¡Voy a calentar leche! ¿Alguien quiere? —preguntó mamá.

En la cocina ella me abrazó y me dijo cuanto lo sentía. Lo sentía por mí y por Mauricio, también por Fabián e Isaac, por la familia entera.

Ella aún no se acostumbraba a mi separación. Aún no se acostumbraba a que yo lo hubiera dejado todo. Y no la culpaba, ella se casó para toda la vida contra viento y marea (como acostumbrada a decir mi abuela Teresita) Ellas lo permitían todo y eso fue lo que me inculcaron y transmitieron. Yo seguí los patrones, seguí conductas arraigadas por las generaciones pasadas. Mi madre nunca lo entendió.

Gracias al cielo, yo sí corte esa idiotez de que contigo pan y cebolla no importa cómo, cuanto te hirieran, el fin era estar ahí, en la sumisión perfecta. Gracias a ese viaje obligado que debí emprender a San Andrés, gracias a aquello hoy me siento libre.

Antes de conocer a Marco estuve cuatro años sola, y lo mejor que no me sentía sola; me tenía, me abrazaba y cuando lo hacía los problemas desaparecían, el tiempo pasaba más rápido y todo se volvía completamente mágico. Lo pensé en segundos mientras tomaba el último sorbo a la leche recién calentada.

Serví un poco de leche para Mauricio, después que se la bebió, lo recosté en mi cama y me acurruqué a su lado sintiéndome en calma otra vez y me quedé dormida en un trance profundo.

***

—Fernanda, despierta. Paula llamó. Levántate —irrumpió de pronto Bruno.

Salté de un brinco y regresamos a toda velocidad al hospital.

Recuerdo que Bruno aún no estacionaba la camioneta y casi en movimiento salí corriendo de ella buscando a Paula y mi hermano.

—Dime que despertó. Dímelo por favor —exigí suplicante a mi hermano en cuanto lo vi.

—Despertó, está alerta y le han sacado el ventilador —gritamos y nos abrazamos.

Paula reía y lloraba a la vez. Yo me senté en la orilla de la banca por miedo a caerme, sentí que me desvanecía. Cuando apareció el médico, preguntó quién era Fernanda.

—Soy yo —respondí.

11
Mis ojos. Tus ojos

—¿Puedo verlo? —consulté.

—El paciente está en un área crítica, sin embargo, haremos una excepción. El padre de Marco es un viejo amigo y me llamó desde Londres, diciéndome que usted, era en Chile su única familia —mencionó.

Había conversado un par de veces por videollamada con los padres de Marco, solo eso. Pero bastó para saber que eran unas personas nobles y muy cercanas a su hijo.

Ellos vivían hace más de diez años en Inglaterra, Marco viajaba cada año para estar una pequeña temporada junto a sus padres. Planeaban las fiestas de fin de año para pasar veladas enteras decoradas de bellos adornos que brillaban al son de las melodías navideñas.

Marco tenía tres sobrinas, Martina, Genoveva y Yennka, la menor era Martina que nunca pude conocer despierta, porque en cada videollamada la pequeña bebé dormía en esos sueños hermosos donde me imagino que brincaba de nube en nube atravesando bellos arcoíris. Genoveva tenía nueve años y Yennka ocho, ambas tenían una belleza particular, eran de cabellos oscuros, adornados de grandes rizos que cubrían sus hombros en un frondoso baile de vaivén cada vez que se movían. De ojos color cielo que miraban atentas toda la magia de su alrededor. Eran divertidas. Yennka quiere ser veterinaria cuando sea grande. Ama los perros y también los gatos. Genoveva, en cambio, sueña con casarse con un príncipe azul que la lleve en avioneta en dirección a las nubes de colores.

La familia de Marco es realmente sorprendente, incluso a través de la pantalla se siente su calidez, me hicieron sentir todo su cariño. Fue así, que cada uno de ellos pasó a ser parte de mí y lo entendí, el día que el médico me indicó que el padre de Marco me había señalado como la única familia cercana de su hijo.

Espero conocerlos pronto. Muy pronto.

***

La enfermera de turno me indicó que podía pasar a verlo. Ansiosa y también angustiada, me vestía en la sala de ropería. Cofia, delantal, guantes, mascarillas y cubre calzados fue todo lo que me pasaron para poder entrar a la unidad de cuidados intensivos.

Cuando por fin estaba dentro esperé encontrarme con la peor escena y gracias al cielo no fue así. Marco, me esperaba semi sentado, conectado a un monitor, con dos o tres vías en sus brazos.

Me acerqué con cuidado, le besé la frente al segundo, él abrió los ojos y me sonrió.

—Cariño —alcanzó a decir. Y le silencié las palabras colocando mi dedo en su boca.

Suavemente, posé mis labios con los de él y otra vez la magia de las mariposas hicieron lo suyo con mi cuerpo entero. Recuerdo como mis lágrimas fueron formando ríos de agua en todo mi rostro. Le dije que lo sentía. Le pedí perdón por arriesgar su vida, y también por aparecerme en su camino.

—No lo repitas nunca más. Moriría una y otra vez por estar junto a ti. —Con sus ojos me pidió que me acercara y me besó suave y pausado.

Yo no podía parar de llorar entre la felicidad que sentía porque estuviera vivo y entero y el miedo que tuve el día anterior de que no lo volvería a ver. Por un segundo sentí que me desvanecía.

—Lo siento, debe retirarse, ya pasaron los cinco minutos que le autorizaron —dijo la enfermera.

Le besé las manos, su boca y su frente. Él me miró y en sus labios pude leer <<Te amo>>.

Salí de ese lugar feliz, ilusionada e iluminada.

Otra vez, otra vez volví a sonreír.

El cirujano que lo operó estaba afuera de la sala esperando para contarme todo sobre la operación.

—La cirugía fue todo un éxito. Es un hombre afortunado —comenzó a decir—. Las lesiones no lograron llegar al corazón. Sí, al pulmón derecho. Marco fue apuñalado desde el costado, por esa razón atravesó el pulmón. La ambulancia llegó a tiempo y esos minutos fueron un regalo para él —espetó el médico.

Me encontré con mis hermanos en la sala de espera.

—Marco es un hombre con suerte —eso dijo el médico suspiré.

Bruno, que era el más brusco, me dio una fuerte palmada en la espalda empujándome unos centímetros.

—Obvio que es un hombre con suerte si te cruzaste en su camino. —Él sonrió y abrazándome los tres sonreímos.

Cuando apareció Paula y me vio. Camino rápido, parecía la *Forrest Gump* de Niebla. Nunca la había visto avanzar tan deprisa. Ansiosa como yo, también quería saber de Marco.

—Ves ¡Qué te dije! Nunca hay que perder la esperanza —replicó mi amiga.

—¡Ay, amiga mía! Como te adoro.

Esa tarde salimos juntos del hospital, dejando atrás horas de angustias, dejando atrás una herida, que quizás nunca cerraría. La del miedo.

Pensé en Isaac y en cómo su mente fue capaz de traicionarlo, su rabia y su mala forma de querer le arruinó la vida.

Pensé en Fabián y Mauricio que sin intención los arrastró junto a él en ese acto desesperado de desolación.

—A pesar de todo el dolor y todo el daño, no quería que pasara, por tanto. Espero que pronto pueda salir de la cárcel por el bien de mis hijos —les dije a mis hermanos y a Paula.

—¿Qué dices? Y yo pensaba que el demente era ese infeliz —exclamó Bruno casi punzándome los ojos con la mirada.

—No me veas así —murmuré.

***

Tres semanas después

Desperté temprano para llevar a Mauricio al colegio, desayunamos, y colocamos la colación en la lonchera, luego caminamos tomados de la mano hasta la parada del auto bus.

Mi celular sonó, casi me sacó el alma. El pánico me invadió. Era del hospital así que al segundo contesté.

—Hola Fernanda ¡Te tengo buenas noticias! Marco está de alta. Hoy duerme en casa —dijo animado el Cirujano.

—Gracias. En quince minutos estoy ahí. Gracias por avisarme.

Grité de alegría, llamé a mis hermanos, a mis padres y también a sus padres. Todos estaban felices por esa buena noticia.

Mauricio también se alegró, me abrazó y me dijo —ve mamá, ve a buscarlo—. Nos abrazamos y se subió al autobús.

Entré a la casa, tomé las llaves de la camioneta de papá. Y me fui. Manejé rápido a la casa de Marco. Estacioné frente a la casa, de mi bolso saqué las llaves, sí, ahora también eran mías. Quien lo iba a pensar. Aunque aún no vivíamos juntos, me las quedé ese día que no quiero volver a recordar.

La limpié lo más rápido que pude. Prepararé su comida favorita y también alimenté a Cruz, Galo y Severay.

Ellos estaban tan felices como yo. Sabían que llegaba su padre humano.

Cerré la casa no sin antes mirar que estuviera todo perfecto. Conforme, fui directo al hospital.

Es qué no puedo describir todo lo que sentía mi cuerpo y mi corazón. Todo lo que mi mente me mostraba en esos momentos. Y ahí, iba yo, apoteósica, conduciendo para reunirme con el amor. Sí, el amor. Estaba segura de que ese hombre era el amor de mi vida.

***

Creía que era Michael Schumacher, versión *woman* corriendo la última carrera de mi vida. Sí, lo sé, ¡irresponsabilidad pura! Pero en ese entonces nada me importaba más que ir por Marco.

Esos seis días en unidad de cuidados intensivos y los nueve qué pasó en la sala de cuidados medios, para mí fueron como mil años.

Me estacioné como pude, ósea pésimo. Casi en diagonal.

Lo confieso nunca ha sido mi cualidad. Pero son detalles. <<Ya habrá tiempo de practicar>>, pensé.

Entré a la recepción y ahí estaba.

Me miraba con esos ojos que son capaces de decir todo lo que pensaban y sentían. Con esa mirada, desnudó su alma entera y como en una fiesta de telepatías nos dijimos cuánto nos amábamos. Sí, porque cuando amas desde lo profundo, las esencias se reconocen y se abrazan, en abrazos eternos a través del alma.

Fui hasta él y nos besamos. Fue un beso suave.

Mientras nos abrazábamos, nos interrumpió el médico.

Recibimos las indicaciones y salimos del hospital con la ayuda de una enfermera

—Por fin —suspiró mientras miraba la carretera. Le sonreí.

No sé qué me pasó en ese corto viaje a su casa. Parecía ser como si las palabras hubiesen huido de mí. No pude decir nada.

Quizás la culpa o la vergüenza por haberlo hecho pasar, por tanto. Casi muere, ¡por Dios!

Entramos a la casa. Caminaba lento, pero sin dolor, algo que me tranquilizó.

—Cariño, en el bolso están los medicamentos. Me los acercas por favor —dijo señalándolos.

—Sí claro —contesté mientras salía del trance de silencio por el que había pasado.

Leímos las indicaciones y los separamos por horarios.

Me tomó la mano, me acercó a él

—No tienes por qué sentirte cómo te sientes ahora, tranquila. Ya todo pasó —susurró intentando calmarme.

Me colocó un mechón de cabello tras la oreja, acarició mi mejilla y sonrió. Mientras estaba en una lucha interna por no llorar, perdí. Un llanto agónico salió de mi alma. Lloré por la rabia y el dolor, por la culpa y la tensión.

—Calma, no pasa nada. Estoy bien —me consoló. Tomó mi mentón y nos besamos.

La videollamada de su familia interrumpió lo que comenzaba a salirse de control.

—¡Hola! Hijo, por fin, estás en casa —suspiró aliviada su madre—. Ay, Fernanda, muchas gracias por acompañar a nuestro hijo —añadió su madre con los ojos acuosos.

Y cómo el mundo al revés. Ellos me daban las gracias. ¡Ay, Dios! Si era yo la que tenía que agradecerles a ellos.

La llamada duró más de treinta minutos. Nos despedimos como cincuenta mil veces hasta que cortamos.

Preparé la cena y él prendió la chimenea. Aunque le dije que yo lo podía hacer, él insistió en que se sentía bien y la verdad que no le supliqué con desmedro para que se sentara y guardara reposo, porque, si lo hacía, yo aún estaría intentando encender la bendita chimenea. No era mi especialidad hacer fuego. Es por eso por lo que siempre las he preferido eléctricas.

Después de la cena, nos recostamos y aunque le dije que era preferible abstenerse por unas semanas.

Él me miró con deseo y con esa sonrisa de niños como cuando están dispuestos a no obedecer a sus padres, la misma. Esa sonrisa, que, aunque saben que no pueden, lo hacen.

—No me importa nada. Solo quiero que nos hagamos el amor. Quiero sentirte. —¿Quién podría resistirse a esas palabras? Yo no me pude resistir.

Esa noche nos amamos con pasión y cariño. Nos amamos aceptando que lo nuestro era amor. La atracción, el cariño, ya habían pasado por nosotros para convertirse en el amor más genuino que se pueda imaginar y existir. El nuestro.

***

La semana siguiente debí ir a la editorial.

Me sentía nerviosa porque a esas alturas, toda la editorial estaba al tanto de que yo era pareja de ese guapo, soltero y codiciado editor. Y peor aún, como guinda de la torta, todos sabían que el padre de mis hijos era un loco, sicópata y ahora casi asesino. —¡Qué horror!—. Pero como dice

la mayoría, Que no te importe lo que digan los demás, tú no vives de la opinión de la gente.

Aun así, mi subconsciente me decía que todos cotilleaban detrás de mí. Todos. Sabía que se presentan de lo más sonrientes, dando afecto y contención. —¡Miren, ahí viene la que duerme con el editor! Me imaginaba, que murmuraban a mis espaldas. Sin embargo, poco me importó.

Entré a la editorial, radiante, sintiendo que era una diosa, la más bella y perfecta. Y caminé a paso firme sin detenerme ningún segundo. Verme, era como ver a la mismísima mujer maravilla pasar delante de sus enemigos, triunfante y victoriosa.
Y si me envidiaban, se los permitía. Claro que debían hacerlo.

Marco era Marco. ¿Qué se podía hacer? Solo mirarlo. Yo no lo busqué ni perseguí. Nos encontramos. Nuestras almas se reconocieron e hicieron lo suyo.

Al terminar de caminar por el pasillo, ahí estaban. <<¡Calma, Fernanda, calma! Inhala y exhala>>. Me repetía una y otra vez mientras me acercaba a ellos.

Tomé aliento y los saludé como si jamás hubiese ocurrido nada, absolutamente nada.

—¡Fernanda! Querida, ¿cómo estás? —dijo Mónica, la secretaria de Marco. Le sonreí.

—Ahora que Marco está en casa estoy perfecta, gracias —le dije para confirmar el cotilleo.

—Le das nuestros afectos. Que se recupere pronto —agregó Mónica con una sonrisa de oreja a oreja, esa sonrisa. La típica, la entre dientes.

—Le daré sus saludos —murmuré.

Luego de ese recibimiento entre agrio y dulce, me dispuse a terminar todo lo pendiente para entregar en la universidad.

Encendí mi notebook. Lo primero que hice fue revisar el correo. Entré a la bandeja de entrada y grande fue mi sorpresa al leer un centenar de mensajes sin responder y la mitad de ellos, eran del rector y la jefa de carrera.

Quedé estupefacta, el último correo era el peor.

“Estimada Fernanda:

Nos hemos enterado de los últimos acontecimientos que ha vivido en las recientes semanas, antes que todo, esperamos que se encuentre bien y sea capaz de avanzar con sus últimos proyectos en la casa editorial.

Necesito que se presente en rectoría lo antes posible. Tenemos varios puntos que tratar.

Saludos Cordiales el rector”.

<<¡Mi Dios! El cotilleo llegó lejos, por lo visto no pierden el tiempo>>. Pensé, mientras miraba a toda la tropa que desde lejos me regalaba sonrisas, eso sí, las más falsas que se hayan visto jamás. Recalco, jamás.

Me tranquilicé mientras daba orden y término a todo lo que había dejado pendiente antes de partir ese fin de semana a Chiloé.

Y como *flashback* comencé a ver cómo cada instante de mi pasada vida reaparecían en mi mente atormentando con sus recuerdos. No los quería ahí, sin duda eran perturbadores.

Me acordé de Telma y todo lo que aquella vez, hace años, me enseñó. Una de las frases maravillosas que ella me repetía era, "—no temerle a nada ni a nadie porque cuando tememos dejamos de ser nosotros y entonces nos envuelve todo lo que logramos dejar atrás—". Esa frase fue tan significativa en mi vida que la impregné en mi mente, ahí en lo profundo donde está el hipocampo, esa estructura encargada de almacenar los recuerdos. Esa región, que se encuentra en el sistema límbico, que asocia tanto las emociones positivas o negativas, ahí, justo ahí, me la tatué, entonces una y otra vez me repetía no temeré.

<<Fernanda, no temerás>>. Con ese maravilloso ejercicio no permití que nada ni nadie me quitara la paz y lo conseguí, aun así, sentía que esos recuerdos volvían a mi vida. Había dejado todo literalmente todo, incluso a Fabián, mi hijo, que, si antes no me soportaba por haber dejado la casa, hoy me detestaba y odiaba porque, según él, era mi culpa, que su padre, Isaac, estuviera tras las rejas. Me sentía atormentada otra vez.

Como me gustaría que mi querida Telma estuviera hoy aquí conmigo conteniéndome y alentándome. Quisiera escucharla, no lo hago, pero puedo sentirla y eso lo agradezco.

12
El rector

—Cariño. ¿Cómo estás? —dije besando sus suaves labios que sabían a miel.

Él me sonrió y nos abrazamos, permanecimos del mismo modo por un largo rato, oliéndonos, reconociéndonos y cuando nuestras miradas se encontraron la magia del amor floreció como lo hacen las flores cuando están ahí en el capullo esperando con ansias que llegue la anhelada primavera.

—Tengo café recién preparado ¿Te sirvo un poco? —preguntó.

Antes de que le respondiera, Marco ya venía hacia mí con un tazón humeante de delicioso café.

—Gracias, cariño, lo añoraba —exclamé mientras olía la fragancia del caramelo fusionado con almendra recién molida.

Crucé por la sala hasta llegar cerca de la chimenea, me senté en el descanso frente a la ventana y ahí, en silencio con la mirada divagante, traté de ocultar mis pensamientos. Sentí a Marco besar la zona visible que mostraba mi cuello, me estremecí. Mis hombros se tensaron.

Tomó mi mentón y con suavidad giró mi rostro alcanzando mis labios, nos besamos y rápidamente me tomó como si fuese una pluma y con agilidad me sentó en su regazo; con mis piernas rodeé su cintura y fue entonces que el deseo recorrió todo mi cuerpo y sentí el murmullo de mil abejas viajar a través de todo mi cuerpo. Las sentí cada vez más intensas; entre hormigueo y picor, entre lujuria y pasión, gritamos de deseo, a través de nuestras miradas, nos abrazamos y nos amamos.

Estar con él era sentir un sinfín de emociones. Partiendo por contención, también amor, y deseo, felicidad, plenitud y también temor, ese de a lo que pudiese pasar, temor al día que Isaac saliera en libertad, a esta felicidad que me cobijaba y me hacía sentir tan inmensa y amada.

***

—¡Cariño! ¿Vamos por pizza? —preguntó mientras caminaba con una toalla rodeando su cintura.

Por cierto, podía contemplar sus oblicuos perfectos que delimitaba cada parte de su abdomen.

Lo miré y sonriendo me levanté, caminé junto a él, le besé la boca y le dije, te adoro, mientras me cambiaba la ropa para poder disfrutar del panorama con sabor italiano.

***

Instalados donde Renzo la mejor pizzería de los alrededores según nosotros y por supuesto de otros más. La preferida para nosotros, sin duda, la “pizza vegetariana” los sabores mezclados hacen disfrutar de toda la esencia de la mejor masa horneada a la piedra. Los piscos sour que ahí preparan son maravillosos, tanto así que no te das cuenta de que puedes llegar a beber más de lo que tu cuerpo debiese permitir.

Me tomaba el segundo, cuando le dije a Marco que estaba citada para hablar con el rector de la universidad.

Él me miró con evidentes signos de preocupación, luego me dijo que debía ser sincera y responder todo lo que ese hombre me preguntara.

—¿Qué? ¡Pero como le diré todo! ¡A ver! Debería sonar algo así “—Sí, duermo con el editor. Mi exesposo, pero a la vez esposo aún (Ni siquiera estoy divorciada) trató de matarlo y Marco, mi editor y encargado de práctica, estuvo casi muerto por 72 horas y todo porque el desquiciado de mi ex le dio más de 10 puñaladas en el tórax. —”.

Vociferé sin pausa ni siquiera para tomar aliento ni mucho menos exhalar. Marco, solo sonrió. Me acarició las manos y se llevó un trozo de pizza a la boca.

—Es por eso por lo que me encantas, me gusta todo de ti. Incluso tu intensidad y todos tus nervios, amo todo de ti —exclamó con calma mientras seguía con la boca llena.

—Tengo miedo —me sinceré.

—¿Miedo? ¿De qué? —me preguntó—. Tú no has hecho nada malo —agregó.

—De que me reprueben. Nadie va a creer que mis calificaciones son gracias a mis capacidades. Van a cuestionarlo todo. ¡¿Qué acaso no te das cuenta?! —Grité como una loca.

Él se levantó, me acarició con suavidad el cabello y entonces mirándome a los ojos me contuvo al instante. Me levantó del lugar que me encontraba y lo abracé tan fuerte que llegué a sentir un leve dolor en mi espalda, quizás por la tensión, o por un desgarro muscular, yo qué sé, pero sentí como si se me hubiera rajado un trozo de piel, eso sí que por dentro.

Estar entre sus brazos, era magia. Era sentirme como una niña, era como viajar en mi interior, volver a mi pasado y sentir la seguridad que se siente cuando eres una pequeña y saber que tu padre y hermanos te cuidarán por siempre, así me sentía con cada abrazo que Marco me regalaba, me sentía en casa.

13
Segundas oportunidades

Estaba en el frontis de la universidad, no sé cuánto tiempo estuve observando a los alumnos pasar, algunos llegaban a la carrera para no quedar ausentes, otros caminaban con total relajo.

Grupos de niñas reían sin parar y como no iban a reír si compartían su porro matutino. Era costumbre de muchos llegar con los efectos de la marihuana y yo las miraba y deseaba acercarme y quitarles el pitillo y gritarles en sus caras que no lo hicieran jamás, pero no era mi responsabilidad. Ya tenía bastante con mis preocupaciones para tener que hacerme cargo de otras que no me correspondían. Al final, no era tan grave, mientras que no le bajen los instintos de suicidio, qué más da. Son sus vidas.

Entonces entré y caminé con seguridad, dispuesta a enfrentar las sanciones como vinieran.

Cuando llegué a las oficinas del rector, me anuncié y quizás en un afán de ignorarme, castigarme, qué sé yo, el rector me hizo esperar más de dos horas.

Mientras esperaba, leía a Sandra Barneda la autora de “Un océano para llegar a ti” una narrativa maravillosa, llena de secretos familiares que me tenía ensimismada sin poder detenerme, inmersa en la lectura me encontraba cuando escuché mi nombre.

—Fernanda, adelante, el rector te espera en su despacho —dijo Rosita, la secretaria.

<<Inhala, exhala>>, me repetí más de mil veces antes de llegar a rodar la manilla de la puerta que me separaba del fin de mi carrera como periodista o de lo que fuera.

—¡Buen día! Rector

—¡Buen día, Fernanda! Por favor, toma asiento. Me imagino que podrás imaginar porqué te he pedido que vengas hasta aquí —mencionó ese hombre que me miraba como un *trolls* rabioso.

—Lo escucho —me atreví a decir.

Todo lo que me dijo y me hizo sentir ese hombre, fue del terror. Con un lenguaje muy propio me dijo que no podía volver a la editorial y que cerrarían mi práctica profesional con la nota mínima para aprobar el módulo.

Me defendí, y a eso me refiero a mis capacidades. No se puede mezclar peras con manzanas y como era de esperar, el rector no lo comprendió.

Sabía que no debí involucrarme con mi editor, sabía que era indebido, pero no pude resistirme. Imposible, para mí, era mi Dios griego, él y su magia afloraron todas esas sensaciones que se habían sepultado hace muchos años.

Sin nada más que hacer en ese despacho, me levanté del sillón estilo Luis no sé cuánto y caminé hasta la puerta, antes de salir, él me detuvo.

—Espera muchacha —le escuché decir. Rápidamente, me giré hasta alcanzar su mirada.

—Dígame.

—Mañana te espero a primera hora. Harás tu informe final con tu jefa de carrera. Sal de aquí antes de que me arrepienta.

No fui capaz de decir una sola palabra y salí de ese lugar sin mirar atrás.

Corrí directo hacia los sanitarios que se situaban en el pasillo principal. Me saqué la chaqueta, la bufanda, me mojé la cara, bebí toda el agua del grifo y lloré, y mucho, pero de rabia. ¿Qué se creía ese señor? ¿Acaso tiene el derecho de cuestionar mis capacidades? Me sentí impotente, al final todo el trabajo de mis cinco años como alumna se fueron por la borda por enamorarme, para ellos, del hombre equivocado. ¡Qué locos! Me miré al espejo y sentí como la fuerza que tenía en mi interior viajaba veloz por todas mis células y juntas me impulsaban a mentalizarme otra vez en mi suficiencia, eso es, ¡Soy suficiente! ¡Y el que crea lo contrario que se pudra!

Cuando llegué a la calle, ahora, tranquila y segura en cada paso que daba, pedí un *Uber* y llegué hasta el departamento de mi querida amiga Paula. Nos tomábamos unos cafés recién preparados, por lo demás, estaban deliciosos.

Después de un par de horas y contarle la fatídica mañana que viví, me despedí de ella para poder preparar el informe que me pidió el caballero dueño de la palabra, el señor perfecto, o sea, el rector.

Estaba a punto de pedir otro *Uber* que me llevara a casa de Marco, cuando lo vi aparecer sonriente como siempre, me abrazó con esos apretones eternos que me acostumbraba a dar.

—¿Cómo te fue hoy? —preguntó mirando al frente mientras conducía.

—Resumiendo me fue bien. Mañana debo estar en la universidad para hacer un informe. Por cierto, ya no puedo ir más a la editorial. Pero lo importante, podré titularme —comenté mientras disfrutaba de la agradable vista que tenía a mi lado izquierdo, él, mi Dios Griego.

—¡Felicidades! Eso es una muy buena noticia. —Me sonrió

Almorzamos juntos en un restaurante de comida china, caminamos por la avenida principal de Valdivia y luego me dejó cerca de la casa de mis ex suegros debía recoger a mi hijo menor.

***

Mauricio me espera afuera de la casa de sus abuelos paternos. Esa tarde era nuestra. Cuando me vio, él corrió y en un abrazo cómplice y eterno nos quedamos.

—¡Mamá! Ya es tiempo. Quiero vivir contigo —espetó Mauricio.

—Si mi niño. Hablaremos con tus abuelos para que así sea.

Le dije que me esperara un momento y caminé hasta la casa de mis ex suegros. Decidida a llevarme a mi hijo menor de ahí.

Toqué el citófono y después de unos minutos se abrió la puerta de madera que me separaba de esa casa que por ayer deseé nunca volver a pisar.

14
Yo soy la madre

La madre de Isaac me invitó a pasar con una mirada confundida y algo ausente, sin embargo, me negué a entrar.

—Señora Teresa vengo a buscar las pertenecías de Mauricio. Me ha dicho que quiere vivir conmigo —mencioné con seguridad.

Ella se opuso y llamó a Fabián, yo ignoraba que él se encontraba también ahí.

Se puso como loco. Gritaba y me insultaba. Lo dejé desahogarse, aproveché el segundo que dejó de hablar para tomar aire y le dejé claro a ambos que era yo la madre de Mauricio y que, si nunca pedí su custodia, fue solo porque Mauricio así lo había querido.

—No te lo llevarás —gritó ofuscado, mi hijo mayor que por lo demás ya había cumplido 19 años y para él, esa edad era sinónimo de ser adulto.

Lo vi casi encima de mí cuando Mauricio le gritó.

—¡Deja a la mamá! Siempre la has tratado mal y la has lastimado —le reclamó—, ella ha sufrido mucho. ¿Recuerdas verla sonreír alguna vez? —preguntó a Fabián—. ¡Nunca, nunca! —gritó nuevamente Mauricio.

Lo abracé y le pedí que se calmara. Miré a Fabián y con los ojos humedecidos me gritó que me odiaba. Entró como un huracán a la casa y no lo volví a ver hasta un año después.

Esa tarde me llevé a Mauricio conmigo, con tan solo 13 años mi hijo me defendió de su hermano y a su corta edad podía comprender todo lo que yo había vivido.

Sea como sea, ni con todo el desprecio y el odio que tuviera Fabián en mi contra, yo no iba a dar pie atrás, todo ya está hecho. Por fin tenía a Mauricio conmigo. Deberían pasar siglos para que Fabián entendiera que sufrí 20 años de abuso de poder, abuso de fuerza, así es, Isaac también usó su fuerza cuando no quería tener sexo con él. No le importaba, era su mujer y debía cumplir, en esos años no me daba cuenta, pero después de terapias y lograr mi sanación personal puedo decir que fui abusada muchas veces. Sin embargo, para mi hijo mayor, yo fui la villana de la película por abandonar la casa.

Y de seguro lo seguiré siendo por los siglos de los siglos en su cabecita. Todas las artimañas de su abuela y de su padre formaron el carácter de Fabián.

***

Esa noche dormimos en casa de mis padres, acaricié el cabello de mi hijo, olí el aroma de su cuerpecito, cerré mis ojos y viajé al pasado recordando cuando él era un bebé y lo acunaba entre mis brazos cuando se despertaba por las noches exigiendo mi atención, sonreí y le besé la frente. Me dormí.

A la mañana siguiente, mientras desayunaba, Mauricio entró a la cocina como un huracán grado 5.

—¡Mamá, mamá! —gritó mi hijo despertándome.

—¿Qué pasa hijo? —me puse de pie al segundo.

—Debemos volver a casa, a nuestra casa, ¡Mamá, nunca debiste salir de ahí! —dijo Mauricio casi sin aliento—. Papá debió irse y dejarte ahí, ahora él no está debemos volver y si a Fabián no le gusta que estemos ahí que se vaya donde la abuela y sabes, cuando papá salga de la cárcel ya no podrá volver —sentenció.

Lo escuché y lo entendí. Entendí que por todos esos años se reprimió por no dañar a su padre, tratando de ser conmigo el mejor hijo. Se dividió en dos amores.

El de sus padres.

***

Llegué temprano a la universidad, la jefa de carrera me vio y caminamos a la oficina de docencia, me entregó una serie de sugerencias y comencé a ordenar las ideas para entregar el mejor informe de mi vida, debía ser así, de ese informe dependía si me titulaba o no.

Cuando lo terminé se lo pasé a la secretaria, mi profesora ya no estaba.

—Fernanda, durante la tarde de mañana podrás ver tu nota en línea —exclamó sin mirarme.

—Gracias es muy amable —respondí.

Me retiré satisfecha porque sabía que lo que entregué minutos antes era de primer nivel merecedor de la nota máxima.

Caminé por las dependencias de ese campus maravilloso y contemplé las bondades de la naturaleza.

***

Por la noche fuimos a casa de Marco, él nos esperaba con unas pastas exquisitas que compró en nuestro restaurante preferido. Después de cenar, retiramos los trastos de la mesa y mientras Mauricio jugaba con la Play de Marco aproveché de contarle lo que me dijo mi hijo.

—¿Y tú qué piensas?, ¿crees que es correcto? —preguntó.

Lo miré dubitativa y la verdad que no, no quería volver a esa casa donde viví tan presa de mis emociones, tan ausente. No, no quería volver a ese lugar.

—No, no lo es—respondí—. Aunque sea mi casa, yo no quiero pisar ese lugar —sentencié.

Marco me acarició el cabello y luego me abrazó.

—Sabes que yo estoy aquí, para ti, y también para tu hijo. Incluso, si Fabián lo permitiera también estaría para él —dijo enseñándome la más bella y genuina sonrisa.

Al volver a casa de mis padres conversé con mi niño y él, aunque aún era pequeño logró ponerse en mi lugar y respetó mi decisión. Por el momento nuestro hogar era el de mis padres.

15
¡Ya es hora!

Y tal como me indicó la secretaria de docencia, mi nota figuraba en línea ¡Nota máxima! Grité de emoción, pobre de mi madre, entró asustada a mi habitación.

—¿Qué pasó, hija? —espetó preocupada.

Me paré y la abracé de la emoción, la di vueltas junto a mí y ambas saltamos felices con la noticia.

Por fin era una profesional, lloré, grité y por supuesto reí. Se unieron a la fiesta, Marcela mi hermana y Bruno mi hermano menor.

Nos abrazamos y bailamos de tanta emoción. De mis ojos corrían lágrimas de alegría y sin pensar di un viaje al pasado y me vi, ahí, me vi. Ausente y vacía, sin pensar que llegaría el día que el destino me regalara sorpresas que en ese tiempo pensé inalcanzables y aquí estoy llorando y riendo de la emoción más grande que pude sentir jamás.

Cuando Mauricio se enteró me preparó un pastel de bananas y frutillas, estaba tan feliz como yo.

—¡Tengo una mamá, periodista! —escuché—. ¡Tengo una mamá periodista! —repitió en un cántico, entró a la sala cantando y bailando con el pastel en la mano.

Me di vuelta y corrí a besar a mi niño, a mi compañero, a ese ser que me iba regalando con su amor toda la magia y bondad.

***

Quedé con Marco de celebrar el fin de mis estudios superiores con una deliciosa cena, por supuesto, en nuestro restaurante favorito.

—A las nueve de la noche pasó por ti —le dije.

—Estaré ansioso. Te espero cariño —exclamó él.

Corté la llamada y ayudé en lo que faltaba para terminar el almuerzo que a mi madre se le antojó preparar, lasaña, uno de mis platos favoritos. Le agradecí con una sonrisa y un beso en la frente. No me atreví a confesarle que me repetiría el plato en la noche.

Y entonces feliz, disfruté el momento en casa de mis padres.

—¡Por Fernanda! —papá levantó la copa.

—¡Por Fernanda! —corearon todos al unísono.

A las nueve de la noche llegué a casa de Marco, toqué la bocina una, dos y hasta tres veces y él no salió. Preocupada, estacioné la camioneta, me acerqué a la entrada y por la ventana logré ver como una sombra corrió, las luces eran tenues. La puerta estaba junta y con temor la empujé, sentí como el pánico se apoderaba de mi cuerpo y recordé, la vez que lo vi agónico, inerte entre la vida y la muerte desangrándose. Lo llamé una vez más.

—Marco —susurré con tono suave y fue en ese momento que casi pierdo la vida.

Quedé sin aliento. Me tomó por detrás, me empujó al sofá y me ahogó en besos. No lo podía creer, el susto, el temor que había sentido, se convirtió en rabia y me zafé de él.

—¿Cómo se te ocurre? ¡Casi me matas del susto! —grité indignada.

—Lo siento, de verdad que lo siento —dijo con súplica en su mirada.

Fue cuando miré a mi alrededor y vi un gran lienzo que estaba desplegado de muro a muro y decía

“Te amo mi periodista preferida”, seguí observando, en el arrimo, una delicada caja pequeña con lazo de terciopelo rojo me esperaba.

—Tómala es tuya —exclamó con su sonrisa perfecta.

En la mesa del centro había una variedad de ricas pastas y *Petit bouches* al estilo italiano, también champán, y en el descanso del ventanal, decenas de velas pequeñas iluminadas, de ahí la luz tenue que vi al llegar.

Lo sentí respirar tras de mí, me estremecí, moví mi cuello de lado a lado, una electricidad suave y armónica, sentí que bajaba muy lenta por todo mi ser. El corazón me latía más rápido de lo normal, pensé que, si seguía así, tendría que pedir una ambulancia, todo era tan profundo que imaginaba el corazón saliendo por mi boca.

Sus manos comenzaron a tocar mi cabello, lo apartó de un lado para dejar mi cuello descubierto, mientras lo besaba, con el dorso de la mano comenzó a tocar el brazo, me mantuve con los ojos cerrados podía sentir mi alma volar por la habitación. Me giró hacia él y nuestras miradas se encontraron para decirse que éramos perfectos entre el amor y el deseo, un remolino de pasión nos envolvió muy suave. Nos dejamos caer al piso entre la alfombra de la sala y los cojines, y sin más que decir, gozamos de lo máximo del amor.

Minutos después, nuestros cuerpos descansaron exhaustos de deseo.

—¿Te había dicho que te amo? —murmuró—. ¿Te había dicho que quiero pasar el resto de mi vida junto a ti? —agregó.

Me paralicé.

—No, jamás me lo habías dicho —respondí—. Yo también te amo, ¿te lo había dicho? —interrogué acariciándole su cabello.

Ya sabía, solo bastaba verlo a los ojos para darse cuenta de que su amor era verdadero, sabía que me amaba. Sí lo sabía. Él sonrió y me besó.

***

Desperté por la mañana con los rayos de sol que entraban a través de la ventana. Lo miré, <<¡Qué bello!>>, pensé. Su nariz perfecta, en su mentón se dibujaba un pequeño agujero, ¡ay, como me encanta este hombre!

Sin hacer ruido, me levanté, me puse la bata, anudé con el lazo mi cintura, preparé café y me fui al baño, necesitaba una ducha. Recogí mi ropa que estaba esparcida por la habitación, sonreí.

Cuando levanté la mirada, de frente vi la caja de terciopelo que Marco dijo que era para mí. Dejé caer mi ropa y otra vez fueron a parar al suelo, me acerqué al arrimo, tomé la caja de terciopelo que la adornaba un bello lazo rojo que le daba un toque elegante y profundo. Cuando la abrí, mi impresión fue tal que la cerré rápido y la dejé en el mismo sitio que estuvo toda la noche. Recogí la ropa otra vez y me di una ducha larga y eterna.

No quería salir del baño Estaba confundida, no del amor por Marco sino de lo que él me ofrecía, era una sortija de compromiso, aún estaba casada y eso no sería fácil de deshacer, no quería enfrentarme a Isaac, verlo era dolor, traición, recuerdos que fui capaz de enterrar y otros borrar.

Tenía pánico de que no resultara como lo quería de verdad. Y no sabía si quería estar casada y no deseaba que Marco, se le pasara por su mente que no lo amaba, ¡Ay, Dios! ¿Qué hago?

Cuando llegué a la sala no vi a Marco, lo oí tarareando una de las canciones de *Bruno Mars* desde la cocina, cuando llegué hasta él estaba de espalda y preparaba huevos revueltos con tocino, su cuerpo solo lo cubría un bóxer color azul. Me quedé apoyada en el dintel de la puerta, contemplando su espalda y los músculos que se marcaban en su tonificado cuerpo. Cuando me sintió detrás de él se giró y me besó rápido en los labios, un beso cálido y especial.

—Cariño ven toma asiento, ¿cómo amaneciste? —preguntó entusiasmado. Le sonreí y él me miró—. ¿Qué sucede? Algo te pasa, puedes decírmelo ¿Qué es? Vamos, dilo —indicó con un tono suave que daba confianza.

Me senté en la mesita pequeña que estaba en la cocina y con la confianza que él me entregaba fui honesta y le dije que cuando vi la cajita de terciopelo y la abrí, sentí miedo de ver una argolla de compromiso.

—Porque es una argolla de compromiso ¿O es solo un simple anillo? —Le sonreí tomándole las manos.

—Quiero pasar mi vida a tu lado y si por ahora quieres que sea solo un anillo cualquiera, que

así sea, y si lo quieres usar como argolla de compromiso, que se sepa que me harías el hombre más feliz del mundo. —Tomó mis manos y las besó.

—Sabes que te amo y eso no lo dudes jamás —le aseguré.

—Lo sé cariño —respondió Marco.

—Debo buscar un abogado para poder divorciarme de Isaac; sin embargo, siento que tengo que cerrar este ciclo primero yo —le dije—. Quiero ir a verlo, necesito decirle tanto y ya dar vuelta la página. Quiero que sepa que no lo culpo de nada de lo que viví a su lado, a pesar de todo él se merece otra oportunidad en la vida —agregué.

Fue ahí que le conté cómo entendí que todos somos niños heridos viviendo en cuerpo de adultos.

—Con Telma entendí que todas las relaciones tienen algo que decir de uno mismo, son nuestro espejo, relaciones de pareja, de maternidad, de amistad todo está hablando de una parte de nosotros mismos de lo que admiramos y de lo que nos duele, de lo que nos atormenta, de nuestras sombras, pero cuando sabes identificar todo aquello puedes cambiarlo todo —le explicaba a Marco mientras retiraba los trastos del desayuno—. Todo tiene un origen —añadí.

—¡Trató de asesinarme! ¿Ese acto es causa de sus heridas de infancia? —exaltado gritó Marco.

—No, por supuesto, que no. Lo que ocurrió ese día fue producto de su rabia, sus celos enfermizos y su ira desmedida —le respondí—. Él es un hombre enfermo y cuando se enteró de lo nuestro enloqueció no pensó ni en él, ni en su futuro, ni el de sus hijos. Se cegó por su rabia y si no se trata continuará atado a esas emociones que no son otra forma de odiarse a él mismo, son sus temores que lo hacen actuar como lo ha venido haciendo —agregué.

Marco me miraba algo molesto, sin embargo, seguía escuchándome con atención.

—Cuando entendí que ya no podía seguir con ese ritmo de vida todo cambió para mi familia, cometí errores, callé y eso me llevó a acumular un sinfín de emociones que me llevaron al borde de la muerte. Y cuando descubrí cuales eran mis errores y los de él, fue cuando decidí salir de mi casa. Isaac jamás entendió que si me quedaba ahí junto a él terminaría muerta —hablaba sin parar mientras lavaba la loza.

—Siento como si lo estuvieras justificando —espetó Marco.

—¡No cariño, no lo creas así! —respondí algo cansada de hablar de lo mismo—. Solo quiero que entiendas que debo cerrar este capítulo de mi vida. ¡Me encantaría ir a hablar con él! Poder decirle que lo perdono, poder decirle que cuando este libre vuelva a sonreír y que se abra a aceptar ayuda profesional —agregué—. Debo pedirle el divorcio, sí, debo pedírselo yo, solo ahí me sentiré libre —sentencié.

Marco me seguía mirando y como siempre, me dio su apoyo y fue así como al día siguiente estaba a las afueras de la penitenciaria de Valdivia.

16
Un peso menos

<<Espero nunca más volver a pisar este lugar. Es ¡Horroroso!>>, pensé.

Llevaba una hora en ese lugar; tan triste, desolado, angustiador y oscuro, muy oscuro, no de color sino de alma.

Me encontraba inmersa en esos pensamientos cuando sentí el ruido estridente de una puerta que se abría con fuerza, me giré en esa dirección y lo vi, vi a un hombre acabado. Había ganado diez años más en tan solo un año, su mirada era oscura, también vacía, se veía opaco y muy triste. Estaba mucho más delgado que la última vez que lo vi aquella noche que irrumpió en la casa de Marco para asesinarlo.

Él me vio y se quedó parado, estático, inerte, casi sin alma. Sé que dudó en avanzar hasta donde yo estaba, caminé hasta él y por imitación Isaac hizo lo mismo. Y fue innato, se me abalanzó y me abrazó tan fuerte que pensé que iba a morir fracturada con todas las costillas clavadas en mis pulmones. Lo sentí llorar, lloró fuerte y el dolor que él sentía, yo también lo pude sentir, sentí lástima por él. Escuché cuando me dijo perdóname por favor.

Se aclaró las lágrimas y se sentó en la banca que se nos había asignado, yo hice lo mismo. Me miró.

—¿Cómo estás? —Y como si me hubiera hipnotizado, de mi boca no pudo salir una palabra, solo fui capaz de asentir con un movimiento de cabeza indicándole que me encontraba bien—. Supe que ya terminaste tus estudios, ahora ya eres una periodista. Te felicito, nunca pensé que lo lograrías, me has tapado la boca. Bueno, nunca pensé que todo esto pasaría. Sea como sea Fernanda, te admiro —continuó—. Te llevaste a Mauricio, qué bueno que esté con su madre. Pero vamos al grano, ¿por qué estás aquí? —preguntó finalmente.

—¡Quiero el divorcio! —dije.

Inmediato respondió que le llevara los papeles para firmarlos.

—Te lo debo —agregó sin mirarme, se veía nervioso, apretaba sus manos mientras su mirada estaba clavada en sus zapatos.

—Gracias —respondí al instante.

—Entonces te llegará lo necesario para que lo firmes y eso sería todo. El abogado pasará la próxima semana por aquí.

—Quiero que te quedes con la casa. Es tuya —espetó.

—No es lo que quiero —dije—, mírame, solo quiero que te recuperes, Isaac, quiero que algún día puedas ser feliz y que puedas tratarte. Busca ayuda profesional. Me gustaría verte libre —agregué mirándolo a los ojos, fue ahí que vi cómo las lágrimas rodaban por sus mejillas.

—Lo haré —respondió.

Se levantó, guardo sus manos en los bolsillos y caminó en dirección hasta donde estaba el guardia, casi al llegar se giró, y pude leer en sus labios como una vez más me pidió perdón.

***

Cuando llegué a casa de mis padres me esperaba Paula, nos fuimos a la terraza trasera y paso a paso le conté cómo fue mi reencuentro con ese hombre que no me supo amar. Que frío se oye, pero más frío fue vivir a su lado esperando el día que mis ojos no volvieran a abrirse.

Paula me tomó las manos. Me sonrió.

—Estoy orgullosa de ti, ¡Lo sabes! ¿Verdad?

—Lo sé —respondí.

Almorzamos juntas y en silencio agradecí por mi valentía, por dar ese paso y enfrentarme cara a cara con el padre de mis hijos.

***

El abogado que me recomendó Marco me explicó todo el procedimiento a seguir, ni siquiera había pensado en los temas económicos y legales que correspondían, como dividir los bienes que Isaac contrajo durante nuestro matrimonio, dos casas, un terreno en el campo y algunas acciones que daban vuelta en la bolsa de inversiones.

El abogado terminó convenciéndome y finalmente después de varios meses me quedé con la casa de campo pensando en que algún día sería para mis hijos. Y por supuesto, se estipuló la pensión para Mauricio.

Nunca pensé que algún día firmaría el divorcio, ni siquiera en otra vida lo imaginé, pero cuando decidí despertar del trance profundo en el que me encontraba, todo se tornó con un color esperanza, quería que todo cambiara y comencé por mí. Le di prioridad a mi bienestar emocional, me busqué y encontré a la Fernanda que permanecía dormida, casi inerte. Hoy disfruto cada día, cada respirar. Hoy me siento como siempre debió ser. Viva.

17
¡Por fin!

Después de vivir uno de mis mejores momentos, recibir mi título como periodista, mis padres, mis hermanos y por supuesto Marco y Paula; prepararon una verdadera fiesta a las afueras de mi casa, allá, en el patio trasero me esperaba Mauricio junto a algunos familiares y amigos. Sin duda, fue una noche inolvidable, bailé, reí y también recordé cuando hace más de cinco años vi mi nombre en la lista de alumnos aceptados para la carrera que amaba desde niña. Disfruté ese momento que llevaré guardado toda mi vida en mi corazón. Ver la sonrisa de mi hijo, la alegría de mis padres y el amor de Marco para mí fue más que la gloria.

La celebración duró hasta altas horas de la madrugada, entre risas y bailes, sin siquiera imaginar que Fabián, mi hijo mayor, nos miraba escondido entre los matorrales. Fue Paula quien lo vio sin que él se diera cuenta y con cautela me lo hizo saber, no lo pensé ni un minuto y fui a su encuentro, lo aborde de espaldas siendo imposible que él se pudiera esconder.

—¡Hijo! —lo llamé con temor.

Él se quedó casi petrificado, sin voltearse. Me acerqué a él y traté de abrazarlo, siendo inútil mi esfuerzo. Él me esquivó.

—Fabián, hijo, hay tanto de que hablar —le dije casi con un hilo de voz.

—¿De qué quieres hablar? De cómo nos arruinaste la vida a mi papá y a mí —exclamó gritándome a la cara.

—No seas injusto —le dije—, ya eres un hombre, eres inteligente, estás tan cegado por la rabia y el dolor hijo, que no vez más allá de lo que tú quieres ver. Sabes todo lo que pasé junto a tu padre. Sabes que no era capaz ni de respirar cuando vivía ahí. Estaba perdida y congelada, viví llena de miedos. Debía salir de ahí, debía recuperar mi vida, hijo —le dije mirándolo a los ojos.

Fue ahí que me di cuenta de que las lágrimas caían de sus mejillas, otra vez traté de acercarme, pero una vez más me apartó.

—¿Por qué te fuiste? ¿Por qué me dejaste solo? —Me reprochó con rabia, con desprecio y también con mucha desilusión.

Cuando lo oí, sentí como si me estuvieran atravesando millones de cuchillos por todo mi cuerpo, aun así, tomé valor y le dije todo lo que mi corazón anhelaba que él escuchara.

—Necesitaba sanar, necesitaba seguir viva por tu hermano y también por ti, aunque hoy no lo entiendas sé que algún día lo harás.

—¿Sabes que te odio? —bramó.

—Lo sé —respondí.

Me senté en la banca de madera que estaba a los pies del gran alerce. Y él no se fue. Se quedó ahí en el mismo lugar, inerte, esperando más, esperando insultarme o esperando abrazarme, pero algo esperaba, eso me decía mi corazón de madre. Entonces le dije:

—Cuando eras pequeño, un día de descanso caminábamos por la playa, te soltaste de mi mano y corriste por la orilla del mar, corrías libre como el niño que eras, alegre y precioso —comencé a hablar—. Cuando te alcancé, nos tiramos a la arena, reíamos y jugábamos sin darnos cuenta de que las olas reventaban en nuestros pies, quedamos todos mojados, era un día de otoño y el agua estaba muy fría. Ese día me dijiste:

“—Mamá cuando sea grande yo te voy a amar más que hoy—”. “—¿Tanto me vas a amar? —Te pregunté”. ¿Y sabes que me respondiste?—. Él negó con la cabeza.

“—Sí, te voy a amar más, porque seré tan grande que voy a tocar el cielo, entonces, te cuidaré y yo seré tu héroe—”. Tenías seis años. —Sonreí.

Me acerqué, esta vez él no se apartó. Le acaricié sus brazos, él no se apartó. Me acerqué un poco más y lo estreché junto a mí. Lo abracé, y le dije todo lo que lo amaba, entonces me abrazó, fue cuando me dijo que me amaba tanto tal como me amaba cuando era un niño, solo que no me podía perdonar. Se apartó y corrió rápido hasta que lo vi desaparecer.

Me senté en la banca y lloré de angustia, pero también de emoción, porque después de tantos años por fin pude volver a tenerlo cerca, pude olerlo y sentirlo y por ahora era todo lo que necesitaba.

Marco de pronto me acarició el cabello y exclamó:

—Tranquila, cariño.

—¿Hace cuánto estás acá? —interrogué sorprendida.

—Lo suficiente amor —agregó—. Lo suficiente para darme cuenta de que Fabián lo que necesita es tiempo, está luchando entre tu amor y el de su padre, entre sus creencias y la falta que le haces. Sé paciente, te aseguro que pronto tu hijo estará sentado junto a ti.

Me levanté deprisa y él me abrazó hasta que las lágrimas les dieron una pequeña tregua a mis ojos. Dejé de llorar.

Entre sus abrazos y caricias suspiré entendiendo que lo vivido todos los años de mi vida fueron caminos llenos de experiencias y no pasa nada si fueron fracasos o aciertos, todo fue necesario para que hoy sea la mujer que soy.

Recordé lo que quería ser, ese sueño de niña que se quedó dormido volvió a despertar, pero esta vez con fuerza y me enfoqué en esa intención y lo logré. En el proceso me crucé con un millar de personas que me repetían una y otra vez que no tomé la mejor decisión, que lo primero

son los hijos y que me iba a arrepentir, aun así, continué porque entendí por fin que lo importante era yo, debía aprender a amarme por completo para poder estar sana para amar y entregar lo mejor de mí.

No me importa lo que viví en el pasado. Porque mi pasado fue mi gran maestro. ¡Por fin! Lo entendí.

***

Volvimos al patio trasero, ya quedaban menos invitados, mi madre junto a Marcela, mi hermana y Paula mi amiga, retiraban los últimos trastos de la mesa y nadie se enteró hasta el día de hoy que mi hijo mayor estuvo ahí.

Después de despedir a los últimos invitados me fui a mi cama feliz. Por fin cerré uno de los hitos más importantes de mi vida, feliz porque celebré y disfruté con los míos y feliz porque a pesar de todo pude abrazar un momento a Fabián, cerré mis ojos y ese pequeño momento lo hice mío y lo grabé en mi memoria para que jamás se me olvidara.

18
Vivir mi vida

Después de un año del fatídico incidente donde Marco casi pierde la vida, supe por mis hermanos que se dictaría la sentencia para Isaac, sentí un frío intenso recorrer mi cuerpo. Mamá me preguntó si iría al juzgado y no supe que responder, una parte de mí sentía que no debía presentarme en ese lugar, sin embargo, tomé la decisión de estar. Quería estar cerca de Fabián. A pesar de su rechazo sentía la necesidad de estar por lo menos a metros de él. Y así lo hice.

Cuando entré a la sala de audiencia, grande fue mi impresión cuando vi entre los presentes a Marco, se suponía que lo representaría su abogado. Sin entender por qué Marco no me dijo nada la tarde anterior.

Me senté en silencio en la última banca de la sala, escuché atenta la declaración del abogado defensor y la de los dos testigos, uno era mi ex cuñado y para sorpresa el otro testigo era Fabián. Ambos, se subieron al estrado y expusieron sus argumentos tratando de dejar en las mejores condiciones a Isaac. Seguía nerviosa y también ansiosa. Luego de un receso, le tocó el turno a Marco. Sentía que sudaba frío, muy frío y en algún instante pensé que iba a caer al piso.

Mientras inhalaba y exhalaba, escuché cuando llamaron a Marco, después de presentarse ante el juez, comenzó a relatar paso a paso todo lo que ocurrió ese día que le cambió la vida a Isaac, a mis hijos y a todos los que me rodeaban.

Escuché decir a Marco.

—Sé que él no tuvo verdadera intención en quitarme la vida, los hechos ocurrieron ya que el exesposo de mi novia estaba ebrio y cegado por el despecho, pero creo con certeza que no hubo dolor —sentenció Marco.

Pienso que esa declaración sirvió para que la pena de Isaac no fuera tan larga, en Chile por un intento de homicidio son entre dos a cinco años. Finalmente, le quedaba un año más privado de libertad, la condena fue de dos años, sus antecedentes personales eran intachables y eso, más algo de dinero ayudó a que su sentencia fuera la mínima.

Mientras el juez dictaba la sentencia, miré a mi hijo que permanecía abrazado a su tío y abuela. Cuando me retiré de la sala, Fabián me siguió, me di cuenta cuando escuché su voz.

—Mamá. Por favor, no dejes solo a papá, él no soportará otro año encerrado —suplicó mientras salía del juzgado del brazo de su abuela.

—Fabián, espera —le grité, pero él no quiso hablar conmigo. Y en silencio lo agradecí, él estaba pidiéndome algo que yo no podía cumplir.

Me quedé paraba en el medio del juzgado hasta que apareció Marco y nos abrazamos, no le pregunté nada. No fue necesario sabía las razones que lo motivó a declarar bajándole el perfil a lo ocurrido. Lo hizo por mis hijos.

Nos tomamos de la mano y salimos de ese frío lugar.

***

Ese año pasó deprisa, conseguí un cargo en una empresa dedicada a la reforestación, me encargaba de la revista y de lograr algunas conexiones con importantes empresas extranjeras.

El ambiente era agradable, con personas acogedoras, y aunque demostraban ser como eran, sentía que no debía involucrarme más allá que lo que el trabajo permitiera.

Pasé un año entre revistas y correos electrónicos, entre lo real y lo irreal, mi mente seguía divagando en imágenes que me hacían recordar todo lo que me causó dolor. Me preguntaba una y otra vez porque tenía esos pensamientos tan recurrentes que me quitaban la paz. Me sacudía la mente y continuaba pidiéndole a Dios, al universo, calma.

—¡Fernanda, llegaste! —Marcela corrió a abrazarme cuando me vio cruzar la puerta de entrada.

—Y ese recibimiento tan empalagoso —dije mientras colgaba mi abrigo.

—¡Hermana, es que me pone feliz de verte!, ¿lo sabes?, ¿verdad? —preguntó Marcela.

—Lo sé —respondí con una sonrisa.

—Tú no pareces tan feliz, quiero que lo sientas de verdad, que lo sientas en todo tu cuerpo, quiero verte disfrutar de todo, hoy tienes todo para ser feliz —señaló.

—Me siento muy feliz, soy feliz —le dije mientras me sacaba las botas y las lanzaba lejos de mis pies.

—¡Uf! Díselo a tu cara que no se nota —exclamó irónica Marcela.

—Es cierto soy muy feliz. Solo falta Fabián en mi vida, pero ya sabes cómo él es —comenté.

—Marco te ama, Mauricio es una adoración, nuestros padres están sanos y vivos, sonríe por eso, vive feliz por esos regalos. Eres periodista, cumpliste tu sueño, eres amada por todos en tu familia. Disfruta, por favor —insistía mi hermana. Yo la escuchaba sentada en el sofá y ella tan extrovertida como siempre gritaba desde la sala contigua—. Elige la alegría, disfruta de los momentos simples de tu vida, valora todo, incluso lo que no quieres, maravíllate del sonido del viento, disfruta de los colores de las flores, enamórate más de la vida. Incluso valora el silencio y disfrútalo también, cuando lo hagas te darás cuenta de que la loca de tu hermana tenía razón. — La escuchaba parlotear hasta que se calló.

Me quedé en el mismo lugar pensando que tenía toda la razón. Era muy feliz, mi vida era otra,

pero tenía que comenzar a disfrutar más.

Creo que por unos segundos me quedé dormida, solo fueron unos segundos y sentí como si hubiera entrado un huracán a la sala y ese huracán tenía nombre “Marcela”

—Quiero que brillen tus ojos siempre. Nos has enseñado a todos, nos has dejado una gran lección, pero, falta lo importante, el brillo de tus ojos. Eres una ganadora, has luchado duro y con la misma fuerza que lograste tus propósitos, ahora lucha por ser feliz, pero desde aquí, desde el alma. —Sonrió.

Me acerqué a ella y la abracé fuerte para poder llenarme de toda esa energía que salía de todos los recovecos del cuerpo de mi hermana. Nos reímos, Marcela dio un brinco tomó su celular y abrió su *playlist* y a todo volumen comenzó a escucharse a *Marc Anthony* y su canción “*Vivir mi vida”*.

Sin imaginarlo estaba bailando como una desenfrenada, me creí la mejor cantante del mundo y a todo pulmón coreamos “—vivir mi vida, la, la—”, se nos unió mi madre que apareció de pronto desde la cocina y juntas las tres dimos el mejor espectáculo que se pueden imaginar. Y Marcela tenía razón, me sentí tan feliz de poder gritar, cantar y bailar. Me sentí feliz de estar viva y poder sonreír.

19
Isaac es libre

Con Mauricio nos enteramos la mañana que fuimos al mercado central de Valdivia a comprar especias que nos faltaban en la cocina y por otros encargos de mi mamá. Íbamos caminando por la calle Chacabuco, cuando vimos de frente a Isaac y Fabián, los cuatro nos quedamos mirándonos inertes, incapaces de avanzar, de hablar. Fue como si nuestras mentes fueran abducidas por seres de otros mundos dejándonos solo el cráneo, esa caja dura que nos protege de golpes y de traumatismos estaba ahí pegada al tronco encefálico, cumpliendo la función de darnos firmeza para no derrumbarnos. Todo se ralentizó en mí, veía las personas pasar y todo muy lento y los segundos se sentían como la eternidad misma.

Mauricio fue el primero en volver, apretó mi mano y con ese gesto me obligó a avanzar. Caminé sin mirar atrás, sintiendo un aire gélido atravesando todas mis vertebras. Ni Isaac, ni Fabián fueron capaces de hacer nada, hasta el día de hoy nunca supe si ellos nos imitaron y avanzaron en su camino o si se quedaron ahí mirándonos desaparecer del suyo.

En mi caso, no hice nada. No tenía ganas. ¿Qué tenía que decir?, ni siquiera lo sabía, qué podía hacer, no lo sabía. Lo único que sí supe que para mí eran como dos extraños, sí, Fabián, mi hijo lo era también.

Debí sentarme en los bancos de la plaza. Me faltaba aire. Tenía que tomar aliento para recuperarme. Y lo hice.

***

Marco llegó a casa después de la cena, cuando lo vi entrar supe que ya lo sabía. Miré a Mauricio y él con un gesto de súplica en sus manitos me pidió disculpa. Habíamos acordado guardar el secreto, no diríamos a nadie que nos encontramos frente a frente con su papá y hermano. Solo quería callar. No quería responder preguntas. No quería a todos encima de mí. Y quizás no me atrevía a decir que al verlos no sentí nada y me daba miedo esa palabra <<¿Qué es la nada? Nada, eso la nada es nada>> me dije.

—Ven, acá, corazón. —Sentí los brazos cálidos de mi Dios griego, de ese hombre que solo me regalaba tranquilidad cada vez que estaba junto a mí.

—Marco, Mauricio no debió decirte nada —le dije.

—No te molestes con él. Y me alegra que ese pequeño loco me considere en sus vidas. —Marco sonrió y yo con él—. A propósito, tengo una invitación para ustedes dos —exclamó.

Una sonrisa inmensa se dibujó en su rostro. Fue cuando me dijo que estábamos invitados a

Londres, sus padres celebrarían treinta años de matrimonio y nos esperaban a Mauricio y a mí en esa gran ceremonia.

—¿Qué haremos con Isaac? ¡No será fácil pedir la autorización para sacar del país a Mauricio! —le dije.

—Tranquila, lo hará. No te preocupes cariño, hay dos semanas para conseguirlo. —Y nuevamente él sonrió.

20
Castillos, magia y felicidad

Llegamos a Londres, el aeropuerto era impresionante. Situado a 32 km (20 millas) al oeste del centro de la ciudad, el aeropuerto *Heathrow* es uno de los más concurridos y avanzados del mundo.

Por él pasan diariamente 190.000 pasajeros internacionales, lo que le convierte en el más transitado del mundo. No tenía la mayor idea, Marco nos lo dijo mientras esperábamos nuestras maletas.

La zona de salidas del aeropuerto de *Heathrow* se encuentra en la primera planta de las Terminales 1, las plantas cuarta y quinta de la Terminal 2, la planta baja de la Terminal 3, la segunda planta de la Terminal 4 y la planta superior de la Terminal 5.

Todos los pasajeros tienen que pasar el control de seguridad antes de acceder a la sala de embarque donde encontrarás tiendas, bares y cafeterías. Las tiendas impresionantes. Tal cual se ven en las películas ¡Tal cual! Aún no salíamos del aeropuerto y Mauricio estaba alucinando, flipando. Tomamos las maletas y caminamos, no sé por qué terminal, pero caminamos. Al llegar a las afueras los reconocí de inmediato, estaba toda la familia de Marco feliz esperándonos. Nos saludamos, nos abrazamos, nos besamos. Luego nos subimos a uno de los autos y mientras miraba por la ventana grité con media cabeza afuera ¡Esta vida me encanta! Y todos rieron a carcajadas de mí.

Embobada veía pasar esos bellos paisajes que acostumbraba a imaginar en mis cuentos de niña.

La familia de Marco tiene un bello y amplio departamento en Richmond, es una localidad suburbana en el suroeste de Londres. Se encuentra a 13.2 kilómetros al suroeste de la estación de Cha ring Cross.

Yennka, una de las sobrinas de Marco me contó toda la historia de ese mágico lugar, ella toda una experta y con una personalidad desbordante me habló sobre la formación y el nombramiento del pueblo al Palacio de *Richmond* a principios del siglo XVI, y cómo el suburbio de Londres se inició con la apertura de la estación de trenes en 1846. Localizado en un meandro del río Támesis, y por último que *Richmond*, actualmente es un centro comercial local muy importante, con un gran número de parques y espacios abiertos; y, además, ha desarrollado el comercio nocturno y las ventas al por menor. Quedé maravillada con esa pequeña. No paraba de hablar. La amé.

La habitación para las visitas era inmensa, las paredes revestidas de un fino papel mural de color pastel, mi favorito. Nos tiramos a la cama que nos recibió con los brazos abiertos, atrapándonos en un profundo sueño. Londres está por delante de Chile alrededor de 15 horas. El

viaje, la tensión y la emoción hicieron que durmiéramos más de seis horas seguidas.

***

La cena de bienvenida fue más que apoteósica, la mamá de Marco preparó el plato típico de Inglaterra, el famoso *Shepherd's pie* consistente en una capa de carne de cordero picada y recubierta de puré de patatas y opcionalmente de una capa de queso. Como nuestro pastel de papas, pero la diferencia que este *Sherpherd's* lleva cordero.

Agregaron el *Yorkshire pudding*, es una oblea de masa horneada, con forma de cuenco. Se prepara con una masa líquida hecha con harina, huevos, agua o leche, que se hornea en un molde. Y de postre *Crumble* de manzana para mi paladar fue un regalo. Las manzanas dulces se hornean con una capa desmenuzada de harina, azúcar y mantequilla para convertirse en un contraste de texturas digno de la realeza. Mauricio le agregó helado de chocolate. Fue una cena espléndida, divertida, la familia de Marco demasiado cálida y si antes los sentía cercanos, esa noche los sentí mi familia.

Terminando la sobremesa mis suegros se fueron a descansar, mis cuñadas y las niñas nos ofrecieron un pequeño tour por el barrio, a pocas cuadras estaba el río Támesis. Mi guía turística favorita me contó que en algunas partes se conoce como el río Isis.

—Fernanda, ¿sabías que el Támesis es un curso de agua que fluye a través del sur de Inglaterra, incluyendo Londres? —exclamó la sobrina de Marco—. Tiene una longitud de 215 millas (346 km) (192 km en línea recta desde su nacimiento hasta su desembocadura), es el río más largo de los que tienen la totalidad de su recorrido en Inglaterra, y el segundo más largo del Reino Unido, después del río Severn —añadió.

—No, cariño, no lo sabía. Muchas gracias por esa tremenda información. Estoy segura de que volveré a Chile siendo toda una inglesa. —Ella sonrió.

Caminamos por casi una hora y entre risa y más risas, disfrutamos.

Terminó ese primer día en suelo londinense “redondito” como diría mi padre.

Llegamos al departamento y después de una confortable ducha nos fuimos a la cama y junto a Mauricio que estaba feliz nos dormimos soñando que estábamos en una nube brillante.

***

Durante la semana nos dedicamos a visitar los emblemáticos castillos de mis ensueños como el tan conocido y renombrado castillo de *Windsor* que es un palacio y residencia real situado en *Windsor*, en el condado de *Berkshire*, Reino Unido. Notable por su antigua relación con la familia real británica y porque encarna casi un milenio de historia arquitectónica.

Mis ojos estaban atónitos de ver tanta belleza junta. Faltó tiempo para poder recorrer más, sin embargo, quedamos felices de poder vivir tan linda experiencia.

El Palacio de *Eltham*, es una maravilla que se puede visitar en horarios establecidos pagando

los tickets correspondientes, es una mansión Art Decó única que combina interiores de los años treinta con arquitectura medieval y 19 acres de jardines cerca de *Greenwich*, en Londres. Magia y más magia.

Uno de los últimos castillos que visitamos fue la Torre de Londres. Construida bajo el reinado de Guillermo I, la Torre de Londres es una enorme fortificación que ha funcionado a lo largo de su historia como residencia real, arsenal, fortaleza y prisión, podría estar años enteros contando todo lo que mis ojos lograron conocer, esta historia da para mucho y ahora debemos volver para despedirnos de la familia de Marco.

Nos ofrecieron un espléndido refrigerio donde disfrutamos todos juntos a la hora del té.

Esa tarde debíamos volar de regreso a Chile, el tiempo de permiso que se consiguió mi abogado para que Mauricio estuviera fuera del país había llegado a su fin. Si no hubiera sido por eso, yo feliz me quedaba a vivir mi vida entera ahí.

En el aeropuerto nos despedimos de esa bella familia. Abrazos y más abrazos nos dimos hasta que debimos ingresar a la terminal de embarque.

Sentada en el avión, mirando por la ventana, agradecí por la felicidad, por la magia vivida y porque mi corazón sentía que ese gozo sería mi compañero para siempre. Sentí la mano de Marco sostener la mía y me quedé dormida en un sueño cálido y encantado. Así como los cuentos de Disney ¡Tal cual!

Yo estaba viviendo mi propio cuento del que no quería despertar jamás.

Y después de las casi 15 horas de vuelo que existen desde Londres a Santiago, decidimos quedarnos unos días en la capital.

***

La decisión fue muy acertada, Mauricio era el más feliz, visitamos todos los lugares que no conocíamos. Fantansilandia no podía quedar afuera de nuestro itinerario. La pasamos increíble, aún siento mi estómago en la cabeza. Nos subimos a todas las entretenciones que pudimos y más. Fue realmente una locura.

Siempre quise conocer el Templo *Bahá'í.*

Es un templo de adoración de la fe *Bahá'í*. Está ubicado en la comuna de Peñalolén, en Santiago de Chile. Esta bella casa de adoración se suma a los otros 8 templos de la fe *Bahá'í* que existen alrededor del mundo, uno en cada continente, ubicados en Samoa, Uganda, Panamá, Alemania, India, Australia y Estados Unidos. Este templo es un punto de encuentro que promueve la unidad a través de una libre participación en actos de oración y servicio.

Su mensaje se centra en el principio de que la unidad de la raza humana no solo es posible, sino inevitable, que todos provenimos de un mismo creador y que el papel de la religión es hacer posible nuestro destino común y asegurar el avance continuo de nuestra civilización.

Al llegar no podía dejar de admirar tan bello lugar, con nueve lados que dan pie a una forma circular. El número 9 es el dígito más alto, razón por la cual los *bahá'ís* lo ven como un símbolo de plenitud y perfección. Todo de blanco radiante. En su interior no hay imágenes ni figuras, y cualquier persona, sea cual sea su credo, puede visitar el lugar. En las paredes interiores del templo se pueden leer nueve extractos breves de los escritos de *Bahá'u'lláh*, y en el ápice de la cúpula puede observarse una representación caligráfica en árabe del texto "Oh Tú, Gloria del Más Glorioso".

Expresar lo que se siente ahí es indescriptible. Un lugar preciso para meditar, para sentir recogimiento, es un sinónimo perfecto de Paz.

—¡Mamá! ¡Mamá! Mira estamos a poco de la entrada de la quebrada de Macul, por favor subamos —dijo suplicante Mauricio.

—Hijo, pero es muy tarde debemos ir a almorzar —respondí.

Tenía un hambre nivel Dios, o sea gigante. Sumar que no soy muy aficionada a escalar crucé los dedos para convencerlo de ir por mi plan, pero como era de esperar no resultó.

Al ingresar compramos botellas de agua y en un libro debimos anotar nuestros nombres y el horario de llegada. De solo mirar los cerros quería arrancar o inventar un desmayo por inanición o qué sé yo, por el contrario, el ascenso comenzó, quería ir lo más lejos que mis piecitos me llevaran.

Subimos los primeros 400 metros y nos encontramos con un pequeño quincho que tenía para la venta fruta fresca, barras de proteínas, agua y más agua.

Casi infartada, casi sin aire, seguía subiendo la cuesta y no podía creer como mi hijo junto a Marco caminaban como si nada, como si lo hicieran a diario. Yo me sentía desfallecer.

Turistas descendían sin problemas, muy bien equipados con buenos zapatos de *trekking* y bastones para ayudar a la caminata, en cambio, yo iba como iba con unas zapatillas *running* color blanco y algo de ropa ligera.

El ascenso continuaba y yo detrás de esos dos locos de patio que caminaban felices mirando todo a su alrededor. Desde el quincho del salvataje de frutas y aguas seguimos cerca de 1000 metros más, cuando sentí el río y el aire que entibiaba mi rostro, Mauricio y Marco descendieron por una quebraba hasta llegar al río que de río no tenía mucho, como sea me sentí encantada, el lugar era hermoso. Lo primero que hicimos nos lanzamos al poco caudal que había, pero eso no importó, el objetivo era refrescarse y sí que lo conseguimos.

Continuamos, pues mi hijo quería llegar lo más arriba para encontrarnos con la cascada que mide muchos metros. Soy sincera, no lo logramos, en realidad fui yo que supliqué que no siguiéramos, sin embargo, encontramos unos posones maravillosos con una pequeña cascada que nos sirvió para disfrutar.

Permanecí en ese sitio por horas dejando que el agua fría golpeará mi cabeza. Mi cuerpo y

hasta mi alma.

Remojada hasta que la piel me quedó arrugada decidí acercarme hasta la orilla y descansar. Me tendí sobre un gran tronco que servía de puente para cruzar sobre un extremo al otro. Y crucé. Ahí me senté a contemplar un sinfín de álamos, un árbol esbelto que en mi imaginación podía tocar el cielo.

También había Litre, Colliguay, Huingán, Romerillo y Quillay. Hermosos árboles que estaban ahí para llenar mis pulmones del mejor oxígeno. Vi a unos pocos metros de mí como plantaban un centenar de nuevos árboles. Qué compromiso tan increíble tenían todos los que trabajan en ese lugar. Plantaban vida con la intención de que a futuro esos árboles lograran hacer lo suyo; purifican el aire.

Forman suelos fértiles de esa forma evitan la erosión, para mantener ríos limpios, captando agua para los acuíferos, como refugios para la fauna, reducción de la temperatura del suelo y como casa de aves.

Corrí y busqué el árbol más ancho para poder abrazar y ahí en medio de las montañas me empapé de toda la energía de ese longevo amigo, coloqué mi oído en la corteza y pude sentir el canto de su interior. Con los ojos cerrados escuché el canto maravilloso de las aves y como el vaivén de las ramas me regalaban una experiencia de otro planeta.

En niebla hay todo aquello, sin embargo, en la quebrada fui testigo de cómo la energía de ese lugar iba entrando por mi cabeza, recorriendo mi cuerpo entero, saliendo por la planta de los pies, repitiendo ese asombroso ejercicio millones de veces.

De un momento a otro el viento sacudió todo el cielo y las hojas de los árboles bailaron con ritmos de vals por todo el lugar y yo, yo feliz, me dejé arrullar por el murmullo de las hojas al caer.

—¡Cariño! —De muy lejos sentí que Marco me habló.

Abrí los ojos y los vi sentados cerca de mí contemplándome abrazar ese bello quillay.

—Mamá 34 minutos —dijo Mauricio apuntando su reloj.

—Y ella era la que no quería venir —agregó Marco a mi hijo, solo sentí las risotadas que hacían ecos detrás de mí.

El descenso fue majestuoso, bajamos corriendo, riendo, despidiéndonos de todo aquello. La expedición, como la nombró Mauricio, duró entre cuatro y seis horas, ahora puedo decir que volvería a subir la quebrada de Macul un billón de veces más. Dejamos apuntado en nuestras memorias que la próxima visita llegaríamos hasta la cascada de san Juan. Fuese como fuese. Ese sería nuestro hito máximo.

***

Esa misma noche volamos a Valdivia.

21
El sí

Marcela, Paula, mi mamá y la de Marco me acompañaban en la habitación ayudándome con los últimos retoques de mi maquillaje. Mamá me sacaba rubor de las mejillas y Marcela colocaba más, esa dinámica fue un rato largo hasta que Paula y Beatriz, mi suegra, me salvaron de ese par de amores.

—El peinado te queda espléndido, querida —dijo Beatriz mientras me tomaba un millar de fotos—. Y ahora solo queda que te coloques tu vestido. —Aplaudió entusiasmada—. Fernanda con tu madre queremos entregarte unos obsequios —agregó.

Yo sonreí como una pequeña de 6 años.

—Hija, existen ciertas tradiciones, costumbres o supersticiones a la hora de tener una boda. Por lo tanto, con Beatriz hemos preparado con mucho cariño estos obsequios para ti —comenzó a sollozar mi madre—. Beatriz no puedo continuar.

Me levanté de la silla y la abracé para calmarla un segundo.

—Mamá tranquila, sígueme, mírame a los ojos Inhala y exhala —le dije.

Beatriz acercó una bolsa de seda blanca y la tendió en la cama.

—¿Qué es todo esto? —pregunté intrigada.

Y al unísono todas en la habitación repitieron:

—Algo viejo, algo nuevo, algo prestado, algo azul y seis peniques de plata en su zapato.

Las risas se sintieron hasta la entrada de la casa, fue así como me fueron entregando uno a uno los artículos que estaban destinados para mí.

—Algo nuevo es símbolo de prosperidad, optimismo para el futuro, éxito en el nuevo inicio de la vida en pareja —dijo Beatriz entregándome el velo que lo trajo directamente de Londres.

—Algo viejo es mucho más significativo de lo que podrías imaginar. Llevar un artículo viejo puesto es un símbolo de la familia y la unión. Representa los sentimientos de la pareja y, que también, es una especie de herencia de la suerte para la continuidad familiar —agregó mi Mamá y me entregó la toca de perlas cultivadas que ella usó el día que se casó con papá. Ni siquiera imaginaba que la conservaba, feliz se la recibí, me sirvió para afirmar el velo sobre mi cabeza.

Algo prestado también me lo entregó mi suegra. Me dijo que significaba la felicidad y el apoyo familiar y de amigos en la nueva historia que se crea al lado de la pareja.

—Tu hermana y Paula no son casadas y según la tradición debe ser prestado de una mujer que haya tenido una vida feliz y plena en su matrimonio y yo quiero entregarte este brazalete que fue de mi madre que fue tan feliz como yo y como lo serás tú junto a mi hijo. —Con ese discurso Beatriz me hizo llorar. Ella me sonrió y me puso el brazalete que ya tenía varias generaciones a cuestas. Era de oro blanco con pequeños diamantes incrustados en los broches.

—Algo azul. —Aquí fue el turno de Paula. Ella me miró y con las lágrimas casi desbordando de los ojos, inició su intervención—. Llevar algo azul en este día especial, es sumamente importante para la suerte de tu matrimonio, ya que utilizar artículos azules es significado de pureza, amor y fidelidad. Por eso, debes tener en cuenta y muy presente esta tradición para que la nueva vida con Marco sea perfecta —dijo Paula y me entregó una pequeña liga de color azul profundo.

—¡Que se la ponga, que se la ponga! —gritó Marcela.

Seis peniques o monedas de plata para el zapato, y aquí fue el turno de mi amada hermana. A Marcela le costó un poco colocarse seria para declamar su discurso, sin embargo, lo hizo espectacular.

—Aquí voy —carraspeo antes de iniciar, me tomó ambas manos y me dijo:

—Llevar monedas en los zapatos de la novia representa la solvencia económica y la abundancia dentro de tu matrimonio. Sin embargo, muchas novias hoy en día ya no suelen hacerle mucho caso a esta tradición ¡Claro! Si tú no quieres tener una vida miserable, te aconsejo que te las pongas y camines hasta el altar con ellas —concluyó entregando las seis monedas. Me abrazó y me dijo al oído—. Eres mi Diosa bella cabrona.

Las cinco nos abrazamos y antes de que diera el sí, en mi habitación ya habíamos hecho el primer brindis

Chinchín sonaron las copas.

***

Aún no podía creer que había pasado más de tres años desde que me divorcié.

<<No quiero pensar en el pasado y menos en este día tan importante para mí>>, pensé, pero gracias a ese pasado hoy soy lo que soy.

***

Una vez que volví de mis pensamientos, me ayudaron a colocarme el vestido de novia, elegí algo simple, pero bello y muy delicado.

Un vestido color ocre muy suave con un escote tradicional afirmado de seis hermosos lienzos de seda que caían bajo el hombro. El vestido llegaba hasta un poco más arriba de mis tobillos

con la intención de que se vieran los hermosos zapatos que escogí casi un año atrás.

El velo se veía hermoso, en realidad me veía hermosa. “Radiante va la novia” como dice la canción.

—Permiso Mamá —dijo Mauricio antes de abrir la puerta—. Llegó la jueza, es hora de bajar —agregó con su sonrisa perfecta.

—Ay, pero que guapo, ven acá, dame un abrazo —exclamé.

Cuando llegamos al jardín estaban todos los invitados, un poco míos, un poco de Marco y una mezcla de todos. Reunimos a 150 personas entre amigos y familiares que quisieron acompañarnos y celebrar este día tan importante como especial.

La ceremonia fue hermosa, emotiva, papá y Mauricio me llevaron al altar, uno de cada lado.

Miré a todos lados y Fabián no estaba sentado en el lugar que debía haber estado. Pero, en mi mente, lo tenía ahí junto a mí. Era mi ilusión y eso solo lo sabía yo, mientras lo creyera. Era real.

Bailamos, comimos, disfrutamos y a las cinco de la madrugada nos arrancamos a nuestra luna de miel

El destino elegido, las hermosas Catedrales de Mármol, un lugar hermoso de la Patagonia Chilena. Iniciamos el viaje por la carrera Austral, desde Valdivia, en menos de veinte horas ya estábamos instalados en Coyhaique. Desayunamos delicioso y luego nos dirigimos hacia ese lugar de ensueño.

Al llegar a la ribera del lago General Carrera, mis ojos se deslumbraron al ver en persona ese conjunto de formaciones minerales de carbonato de calcio, Tres catedrales asombrosas; la Catedral de Mármol, la Capilla de Mármol y la Caverna de Mármol. Santuario de la Naturaleza que atrae a turistas chilenos y de todo el mundo, quienes no solo pueden observarlas de lejos, sino adentrarse en ellas. Nosotros llegamos hasta las mismas Cavernas y la experiencia fue más alucinante.

En el hotel nos esperaban con un gran refrigerio para recién casados. La noche fue mágica como todas las vividas a su lado y así siguieron siendo hasta el día hoy.

EPÍLOGO

Había postulado como editora de prensa en uno de los periódicos más importantes de mi país, feliz me sentía de haber alcanzado mis metas, mis sueños y hoy con más de cuarenta años puedo mirar atrás, sin dolor, sin vergüenza, sin arrepentimientos. Hoy soy una mujer que logró ganarle al destino construyendo uno nuevo, donde todo es perfecto según mis ideales, donde día a día aprendo a ser mejor persona.

Hoy soy una mujer que ama y es amada, que volvió a confiar en el amor, esta vez un amor sin ataduras, limpio y sano.

Recuerdo con nostalgia las últimas palabras que escuché de la boca de Telma "—persiste hasta el final porque solo fracasa quien se rinde—", y yo jamás me rendí.

Ahora camino en el presente disfrutando y amando todo lo que hago. Hoy puedo decir que para mí todos los días son maravillosos y perfectos. Hoy conozco un mundo nuevo, uno muy opuesto al que viví.

Hoy vivo con la certeza que yo soy la única dueña de mi propia vida y eso me hace demasiado feliz. Hoy vivo en mi perfecta realidad.

Mauricio es un joven hermoso con una sonrisa perfecta, amante del deporte y de los animales, estudiante de pedagogía en historia. Es mi orgullo.

Fabián, a él aún le falta tiempo para perdonarme. No ha querido escucharme. Cada vez que puede me agrede y me refriega en la cara que lo dejé solo, aún no entiende que era necesario que así fuera. Debía salvar mi vida. A pesar de todo lo que he recorrido y avanzado en estos años estoy tranquila porque sé que hice lo correcto, una vez leí una frase que la hice mía y la tatué en lo más profundo de mi ser "No permitas que nadie se interponga en tu camino". Y así fue. Hoy soy libre.

Agradecimientos

A todas las personas que han hecho posible que esta maravillosa novela esté en tus manos el día de hoy. Cada uno de manera diferente ha aportado su granito de arena para empujarme a seguir. A Ivannia Orellana por su amistad y compañía, por enseñarme a amarme y encontrarme, a Ana Gerónimo, gracias por ser una de mis lectoras betas, por tus observaciones y bellas palabras, a Sayen L. Ross por hacer la hermosa cubierta para este libro, por su orientación, por el apoyo y la paciencia. (Y sí que la tuvo).

A mi familia; a mi padre, mi madre, mis hermanos Dayan y Lois, a Sergio y principalmente a mis hijos por siempre estar ahí para mí apoyando cada una de mis locuras. A mi abuelita Luisa por enseñarme que la fuerza siempre está dentro de uno.

A mis amigas que jamás se han apartado de mí. Las adoro.

A todas las bellas personas que hacen que me regalan día a día ganas de seguir adelante, gracias por sus lindos comentarios.

Y a ti querida Fernanda por ser mi inspiración para Amores que matan y otros que rescatan.

Otras obras de la autora

Karen Solar




Karen Solar Morales
Y al final
todo depende de uno.